SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El amor que pasa

COMEDIA EN DOS ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

EL AMOR QUE PASA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

400.2

EL AMOR QUE PASA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO, 1871-1938.

Estrenada en el TEATRO ODEÓN de Buenos Aires el 10 de Setiembre de 1904

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

A D. Juan Valera

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MAMÁ DOLORES.....	Sra.	Valverde.
SOCORRITO		Ruiz.
CLOTILDE.....	Srta.	Domus.
CURRA.....		Alba.
LA GITANA.....	Sra.	Rodríguez.
JUANITA.....	Srta.	Rodríguez Menéndez.
ANDREA.....	Sra.	Beltrán.
ISABEL.....		Blanco.
ALVARO.....	Sr.	Calle.
DON RUFINO.....		Rubio.
EL TONTO MEDINA.....		Santiago (1).
GASPAR.....		Simó-Raso.

Todos, á excepción de Alvaro, hablan con acento andaluz

(1) En Madrid sustituyó al Sr. Santiago en la representación de este papel en el Teatro Lara, el Sr. Barraycoa.

ACTO PRIMERO

Gabinete bajo, de confianza, en casa de don Rufino Valcárcel, adinerado labrador de Arenales del Río, pueblo andaluz. Una puerta vidriera al foro y otra á la izquierda del actor. A la derecha, amplia ventana enrejada y de gran saliente hacia la calle, que arranca desde el suelo. Tocando á los hierros, en el frente y en los costados, puertas y puertecillas de cristales, y en el muro, puertas de madera. En el centro del gabinete una mesa con tapa de mármol. Al foro un piano y una consola. Sillas que hacen juego con la consola, y algunas de rejilla. Dos mecedoras y una silla baja Sobre la consola, el piano y la mesa, varios retratos en caballetes, un album, algunos jarrones con flores del tiempo y un par de caracoles de mar. En las paredes, dos ó tres retratos antiguos, al óleo. Lámpara de luz eléctrica colgada en medio de la escena. Estera de junco. Es á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

MAMÁ DOLORES y DON RUFINO; ANDREA, que pasa.

(Mamá Dolores sentada á la ventana, que es su observatorio, y una de cuyas puertas de cristales tiene abierta, monologuea comentando todo lo que ve en la calle. Don Rufino pasea, monologueando también, entre los vapores de la digestión y de la borrachera «sorda» que tiene siempre encima. De cuando en cuando se dirigen sus observaciones el uno al otro. Mamá Dolores es una señora muy vieja y muy limpia, con rodete postizo y cofia de seda. Don Rufino, su marido, un señor algo más viejo que ella, pero que se conserva entero y fuerte. Des-

aliñado en el vestir, se tiñe muy mal el pelo y el bigote; y lo encendido y llameante de sus narices y carrillos delatan la poca estimación en que tiene al agua.)

D. Ruf. Bien... bien... Está bien... ¡Pschá!... Otra golondrina... Digo que está bien... requetebién..

Aquellas que aprendieron nuestros nombres... ¡Pschá!... Y así va todo... y ande yo caliente... y viva la gallina, y viva con su pepita... ¡Pschá! Parece que tengo quince abriles.

Mamá D. Allá van los tres... Capullos, sinvergüenzas... A la tabernilla, de seguro... Cochinos... Míralos; ya entraron... A salir como tres pellejos... ¡Qué juventud! ¡qué pollería!... Indecentones... (Andrea, criada de la casa, sale por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, roja de llorar y extremando un tanto los sollozos, como para inspirar interés. Mamá Dolores, al verla pasar, le dice:) Cierra bien, no se cuele aquí Pepa.

D. Ruf. La vida es la vida... Mentira... patraña... El momento presente: no hay más... A tí te lo digo, Antonio, para que lo entiendas, Pedro... Pedro en castellano, *Petrus* en latín, *Pierre* en francés, *Pietro* en italiano, *Peter* en inglés, y el que sepa más lenguas que lo diga... ¡Pschá!... Y el mundo dando vueltas...

Mamá D. Qué mala cara tiene hoy María Remedios... Adiós. Adiós. Cada día ve menos esa chiquilla. Digo, ¿le parece á usted? Mira, Rufino, mira la mujer de Jenaro cómo va. Pero que ese hombre le consienta...

D. Ruf. (Asomándose un momento á ver á la señora en cuestión.) Mucho, mucho... También sé decir en siete lenguas lo que es Jenaro.

Mamá D. (Saludándola muy expresivamente.) Vaya usted con Dios... (Concluyendo la frase para sí.) grandísima chulona. Va sin enaguas esa mujer... Apriétate más la falda, hija mía, que se te señalen hasta las venas. Anda, no seas tonta... Escandalosa... rabanera... Adiós, Ramoncillo. Y dile á tu hermana que te zurza los pantalones. Buenas tardes... Buenas tar-

des... Buenas tardes, María. Ya vuelve la gente del campo.

D. RUF. *En el campito llueve,*
mi amor se moja...
¿Cómo? ¿Qué decías?

MAMÁ D. No hablaba contigo.

D. RUF. *Quién fuera chaparrito*
lleno de hoja.

MAMÁ D. Adiós, Meléndez. Dios me perdone; pero el sacristán nuevo me parece un poquito... (Con fino ademán da á entender que le parece afeminado.) Allí viene ya Socorrito. Gracias á Dios: me aburro de estar sola. Y el Tonto Medina viene detrás de ella.

D. RUF. ¡Oh, qué placer! El Tonto es mi hombre.

MAMÁ D. Claro: es tan borrachón como tú... Buen par de bigardos estais.

ESCENA II

MAMÁ DOLORES, DON RUFINO, SOCORRITO y el TONTO MEDINA

(Salen por el foro estos últimos. Socorrito viene con un traje muy sencillo de color vivo, y un mantón de espuma puesto en forma de chal. El Tonto Medina, que la sigue, viste de americana y sombrero flojo. La ropa le está grande. Habla con cierto esfuerzo, tartamudea al romper, y es un tanto gangoso.)

SOC. Esto de que en todo Arenales no haya más hombre que haga el amor que el Tonto Medina, es para pensar en los fósforos con aguardiente.

MAMÁ D. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo estás, hijita? (Se besan. Socorrito se sienta á su lado.)

TONTO El. . el... el caso es que lo mismo dicen todas, y cuando falto yo me mandan buscar, mamá Dolores.

MAMÁ D. Dí tú que sí, Juanillo.

D. RUF. Dí tú que sí. ¡Eres el capitán Montoya!

TONTO ¡Ji, ji! E... e... ellas lo negarán, pero la que más y la que menos sueña conmigo por la noche.

SOC. Ay, ya lo creo: yo, todas las noches. Y si duermo siesta, en la siesta también.

TONTO E... échalo á broma. Yo... yo lo saco por mí, que me acuesto pensando cada noche en una; y sueño con ella sin remedio.

MAMÁ D. Bueno, sí; pero no nos vayas á contar lo que sueñas, tú.

TONTO ¡Ji, ji!... Ve... ve... verá usted: la otra noche, sin ir más lejos...

MAMÁ D. A ver si te callas, sinvergüenza. Rufino, llévate á este.

SOC. Lléveselo usted, don Rufino. Que no sueñe en voz alta.

D. RUF. ¿Cómo si me lo llevo? ¡Encantado! Y que no está él suspirando por otra cosa.

TONTO Pues... pues no piense usted que lo hago por la bebida. Es que en ninguna parte lo paso más á gusto que con usted.

D. RUF. Sin que me lo jures lo creo. Modestia aparte, ¿sabes? (Yéndose con él hacia el foro.) Porque mira: en este pueblo, Juanillo, no hay más que dos hombres que tengan vergüenza.

TONTO Sí, sí, sí señor: muy bien dicho: dos nada más: usted y yo.

D. RUF. No: mi hermano y yo. Tú no has tenido vergüenza en tu vida.

TONTO ¡Ji, ji!

D. RUF. Ni ninguno de tu familia tampoco.

TONTO ¡Ji, ji! ¡Y lo gracioso es que es verdad! ¡Em... empezando por mi hermana! ¡Ji, ji!... (Don Rufino y él se van riéndose escandalosamente por la puerta del foro, hacia la izquierda.)

MAMÁ D. Y siguiendo por tu padre, y por tu tía, y por toda tu parentela, cochino.

SOC. Es mucho tonto. Digo, tonto... No crea usted que es tan tonto.

MAMÁ D. ¿Me lo vas á contar á mí?

SOC. Se figura que siempre está jugando á la gallina ciega.

ESCENA III

MAMÁ DOLORES y SOCORRITO

MAMÁ D. ¿Cómo no viniste esta mañana, Socorrillo?

SOC. Porque estuve en las monjas.

MAMÁ D. ¡Ay, es verdad!

SOC. Si viera usted qué mal rato pasé.. ¡Pobre Carolina! Hace una impresión ver á una muchacha tan bonita que se encierra allí para no salir más... Porque cuando se encierra una fea no se siente tanto...

MAMÁ D. Claro que no. Yo no he querido ir, por lo mismo.

SOC Mire usted: hubo un instante, cuando le cortaron el pelo, aquel pelo tan lindo que tenía esa criatura, que me entró una angustia, una cosa tan rara... Vamos, yo me eché mano al moño, creyendo que me lo cortaban también. No sé á quién se le habrá ocurrido que para adorar á Dios sea preciso quedarse pelona. Luego le quitaron las joyas, las flores... A mí me parecía que le iba doliendo cada cosa que le quitaban. Le digo á usted que pasé un rato... Bueno, y la pobrecita de la madre llorando como una Magdalena.

MAMÁ D. Me lo figuro. ¡Lástima de niña! Y sin vocación de monja, ¿sabes tú? Porque esto es lo gordo. ¡Claro! Si lo que yo no sé, con estos pollos de Arenales, cómo no hay una toma de hábito cada día... Borregos, curdones, zambullos...

SOC. ¡Cuidado con la vida que llevaba la pobre Carola!...

MAMÁ D La que todas llevais: la que llevas tú. Sólo que tú eres de las que se resignan.

SOC. ¿Qué remedio? ¿Voy á empezar á tirar piedras por la calle, para que me tomen por loca? Cargar con un ganso de estos del pueblo, no cargo. Dios me libre. ¿Esposa del Señor? No me lo merezco. Me tira mucho el

mundo, mamá Dolores. Lástima que no me dejen arreglarlo á mi gusto, que estaríamos todos en la gloria.

MAMÁ D. Y Carolina aquí con nosotras, y no en el convento, ¿verdad?

ESCENA IV

DICHAS y CLOTILDE

CLOT. (Acercándose á la ventana por la parte de fuera.) Mamá Dolores.

MAMÁ D ¡Clotildilla! ¿No entras?

CLOT. ¿Podrá llevarme luego María Rosa?

MAMÁ D Sí, pimpollo. Mira que la pregunta... Entra, entra.

CLOT. (Como hablando con un criado que no sale.) Vete, Antonio. Luego me acompañarán de aquí. (Desaparece de la ventana y llega á poco por la puerta del foro. Viste mantón y traje análogos á los de Socorrito.)

MAMÁ D. Me hace gracia esta Clotildilla. Lleva el diablo en el cuerpo.

SOC. Es una manera de inventar cosas... No tenía precio para novelista por entregas.

CLOT. (Saliendo.) ¿Qué será de nosotras el día que nos falte mamá Dolores? (La besa.) ¿No es verdad, Socorrito? (Se besan las dos. Se sienta al otro lado de mamá Dolores.)

SOC. Como que es la única señora tratable que hay en el pueblo.

CLOT. Calla, mujer. Si aquí parece que tratarse cuesta dinero. Acabo de pasar por casa de Julia Peña, y tiene ya la puerta cerrada.

MAMÁ D Eso es para no gastar luz eléctrica. Desde que la han instalado, hija, hasta leen el periódico á oscuras. (Se ríen las tres.) Dicen ustedes... Yo sí que les agradezco que vengan á acompañar á esta vieja pilonga.

CLOT. Pues le advierto á usted que aunque tuviéramos novios vendríamos lo mismo.

MAMÁ D Sí, sí, novios. De eso hablábamos esta y yo.

Andan por las nubes. Por supuesto, á la que hay que oir es á la Chata. Está rabiosa. Dice que el Gobierno debe ya tomar cartas en el asunto; y que si la vida se ha puesto cara, y el matrimonio se hace imposible, que quiten los consumos, y á ver cómo se arregla eso.

CLOT. Yo le propuse el otro día que sacáramos un santo á paseo, como cuando hace falta que llueva.

SOC. Sí; pero á eso dice que los santos nos llevan la contraria porque no han tenido novia nunca.

MAMÁ D. Ella lo que quiere á todo trance es un motín; una algarada. Romper los cristales de todas las casas donde haya un soltero. Yo le he dicho que cuente conmigo: que como arme una manifestación, yo llevo la bandera. Sí, hija, sí; porque los noviazgos han de estar en sazón, y las muchachas, como las flores, tienen su punto. Y se pasa un año, y se pasa otro, y se pasa otro... y se va la juventud antes que lo penséis.

CLOT. Dígamelo usted á mí, que cumplo los años de cuatro en cuatro.

MAMÁ D. ¡Chiquilla!

SOC. ¿Es posible eso?

CLOT. Como lo oyes. Mira: yo tengo ahora diecinueve. Pues los primeros que cumpla—¡horrorízate!—serán veintitrés.

SOC. ¿Veintitrés?

CLOT. ¿No ves tú que los años bisiestos van de cuatro en cuatro, y yo nací en un veintinueve de Febrero?

(Las otras dos sueltan la risa.)

MAMÁ D. ¡Pero qué cosas sacas!

CLOT. A mí, después de todo, más que lo de los novios, me preocupa lo de los años; porque como novio siempre tengo el que me da la gana...

SOC. De imaginación.

CLOT. A falta de los de carne y hueso, llenan su sitito los pobres. Yo sostengo correspondencia con tres y cuatro novios á la vez. Y con

un inglés he estado á punto de casarme. Hasta expuse el equipo en una tienda de Sevilla. Aquel muchacho me gustaba. Si como era de mentira, llega á ser de verdad, nos casamos.

MAMÁ D. También fué una lástima, mujer.

CLOT. Me llevo la noche entera escribiendo cartas y tarjetas postales. Y me divierto mucho, porque como escribo también las contestaciones, ¡me digo unas cosas!...

MAMÁ D ¿Habéis estado esta tarde en la estación?

SOC. Yo no: hace dos tardes que no voy.

CLOT. Yo sí. En Arenales no hay más diversión ni más esperanza que ver pasar los trenes... Y tú no debías faltar nunca, aunque sólo fuera por gratitud.

SOC. Qué tonta eres.

MAMÁ D. ¿Por gratitud dices?

CLOT. Usted calcule: ¡el único novio que ha tenido lo ha tenido en el tren!

MAMÁ D (Sorprendida.) Eso no lo sé yo.

SOC. Me da mucho coraje recordarlo. Ni fué mi novio. ¡Ojalá! Fué un muchacho moreno, con cara de muy apasionado, que pasó un año en época de ferias... y se conoce que le gusté.

CLOT. ¡Cuidado con aquella mirada que te clavó en la nuca! Yo creí que te iban á arder todos los pelitos del coraje.

SOC. Al año siguiente volvió á pasar. Me saludó... y nos sonreímos.

CLOT. Emociones anuales.

MAMÁ D. Pues es todo un pasaje novelesco.

SOC. Al tercer año bajó al andén y me regaló unos claveles. ¿Te acuerdas, Clotilde?

CLOT. ¡Digo!

SOC. Pero casi no pudimos hablar, porque como aquí no para ningún tren de viajeros más de cinco minutos... Que en eso sí tiene razón la Chata: llega un tren con personas, y apenas se detiene; llega un tren con carbón, con tablas ó con borregos, y lo tenemos tres horas delante.

CLOT. Mientras peor huelen los trenes, más se paran.

MAMÁ D. Calla tú. (A Socorrito, con interés.) ¿Y al otro año, no pasó también tu desconocido?

SOC. Sí, mamá Dolores; pasó... con una señora, dos amas y dos niños iguales iguales, con las cabezas muy chiquitas: parecían dos papas.

MAMÁ D. ¡Jesús, qué final más desastroso! Ni siquiera te miraría, ¿verdad?

SOC. (Suspirando.) Más que nunca. ¡Como que hasta entonces creo yo que no le gusté de veras á aquel hombre!

MAMÁ D. Es natural: si la mujer le iba á traer al mundo dos papas cada año...

CLOT. Con la agravante de la cara de la mujer.

SOC. Hija, no, que era muy agraciada.

CLOT. ¿Agraciada? Mamá Dolores, no le exagero á usted: coja usted al organista de la Monjas, quítele usted las gafas negras, tírele usted del labio de abajo... y ahí la tiene usted ya. (Risas.)

ESCENA V.

DICHAS y ANDREA

(Andrea sale de nuevo por el foro y se va por la izquierda, en la misma actitud lastimosa que antes, con una bandeja de ropa blanca recién planchada en las manos.)

SOC. ¿Qué le pasa á Andrea?

CLOT. ¿Va llorando?

MAMÁ D. Llorando va. Pero no sé lo que le pasa. Lleva así seis días. Y yo no le pregunto; porque luego sale con unas tonteras... ¿Qué diréis que le costó el sábado una llantina?

CLOT. ¿Qué?

MAMÁ D. Pues que Pepa parió tres gatos, y ninguno era negro. Es tonta; es tonta.

(Torna á salir Andrea por la puerta de la izquierda, y se encamina al foro, sin dejar los sollozos ni el hipo.)

SOC. Andrea.

AND. Zeñorita.

SOC. ¿Qué le sucede á usted?

AND. Usté carcule, zeñorita: cuando una yora azina, no zerá zin motivo.

MAMÁ D. Bueno, pero ¿qué motivos son esos? Te estoy viendo llorar toda la semana.

AND. Los pobres también zentimos nuestras cozas...

CLOT. ¿Está usted mala acaso?

AND. No, zeñorita...

MAMÁ D. ¿Es algo de tu novio?... (Andrea rompe á llorar sin consuelo.) ¡Acabáramos! Puse el dedo en la llaga.

SOC. ¿Pero tiene novio?

CLOT. Ah, tiene novio. Si aquí en Arenales no tienen novio más que las criadas. El día que yo me canse me pongo á servir.

MAMÁ D. Bueno, ¿y qué es lo que le pasa á tu novio?

AND. (Gimoteando.) ¡Que ze lo yevan!

MAMÁ D. ¿Qué?

AND. ¡Que ze lo yevan, zeñorita!

MAMÁ D. No comprendo.

AND. ¡Que ze lo yevan á zerví ar rey!

SOC. ¿Sí?

CLOT. ¡Pobrecito!

SOC. ¡Pobrecita ella, que se queda sin él!

MAMÁ D. Las cosas de España: á un hombre que tiene su novia, se lo llevan á servir al rey. ¡Qué país!

SOC. A servir al rey no debían ir más que los viudos.

CLOT. ¡Tampoco!

AND. Y es lo que yo digo, zeñorita: mi Manoliyo á mí podía darme el avío... y ar rey no va á zervirle pa na.

MAMÁ D. ¡Es claro!

AND. Nozotros creímos que ar tiempo de alegá tar vé ze libraría por inúti: pero da la cazualidá de que está más zano que una pera.

MAMÁ D. ¿Entonces no ha podido alegar?

AND. Ha alegao que padece de arferecías...

CLOT. ¿Y padece?

AND. ¡No lo quiera Dios, zeñorita! Un mes ha estao yendo ar reconocimiento.

MAMÁ D. ¡Como si hubiera estado cinco!

AND. Ezo no; porque también ha alegao que ez hijo de viuda, y tampoco le ha zervío pa na.

MAMÁ D. No será hijo de viuda.

AND. ¡Ya lo creo! ¡Zu madre era viuda cuando ze cazó!

MAMÁ D. Bueno, bueno, sosiégate. Eso les pasa á todos. Además, ahora no hay guerras. Dentro de dos años vuelve, y ha corrido mundo. El servicio les conviene á los hombres.

AND. Pué zé que tenga usté razón... Ustés perdonen, zeñoritas... (Yéndose por el foro.) ¡Pobrecito mío! ¡Gofetá que ze pierda en er cuarté, gofetá que ze encuentra!

MAMÁ D. ¿Están ustedes viendo como es tonta?

ESCENA VI

MAMÁ DOLORES, SOCORRITO, CLOTILDE y el TONTO MEDINA

TONTO (Por la puerta de la izquierda.) Ma... mamá Dolores.

MAMÁ D. ¿Qué quieres?

CLOT. Hola, Juanillo.

TONTO Hó... ho... hola, rosa de Mayo. Don... don... don Rufino, que vaya usted allá.

MAMÁ D. Si me llama para pedirme más vino, se equivoca; porque no se lo doy.

TONTO No... no es para eso.

MAMÁ D. Sí es para eso. ¿Conoceré yo el paño?

TONTO No... no es para eso. Si... si... si fuera para eso me iría yo con usted, y voy á quedarme con las niñas.

MAMÁ D. Buen tunarra estás tú. A ver qué quiere el borrachón de mi marido. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

SOCORRITO, CLOTILDE y el TONTO MEDINA

TONTO (Riéndose candorosamente.) ¡Ji, ji! No... no la llama... ¡Ji, ji! No... no la llama... Le... le... le he dicho eso para que me dejara solo con ustedes.

SOC. Ay, qué gracia.

CLOT. ¿Te parece el tonto?

TONTO Ven... ven... vengo á cogerle un pellizco á cada una... ¡Ji, ji!

SOC. Acércate y verás...

TONTO Si... si tú tienes más ganas que yo...

SOC. Acércate, acércate. . (El Tonto se acerca: la muchacha huye. Corren un poco por la escena, y luego la emprende con Clotilde en la misma forma.)

TONTO No... no te libra nadie. ¡Ji, ji!

SOC. Sí; que ya me cogiste.

TONTO No. . no te libra nadie. ¡Ji, ji! Y si no es á tí es á esta otra.

CLOT. Estás tú fresco.

SOC Mira, vamos á tener formalidad.

CLOT. Sí; vamos á jugar á algo serio.

TONTO E... e... eso también me gusta. Ju... jugaremos á los matrimonios, Clotildita. Anda: tú y yo nos hemos casado esta tarde... y ya se han ido todos los convidados. ¡Ji, ji!... (Va á abrazarla.)

SOC. (Sujetando al Tonto.) ¡Eh! ¡eh! ¡Que quedo yo!

TONTO ¡Ji, ji!

CLOT. Para jugar á los matrimonios sobra una.

TONTO Al... al contrario: están las cabales. Una es mi mujer... y la otra es la que me gusta.

SOC. Este tonto dice á veces unas sentencias...

CLOT. ¡Lástima que sea tonto! ¿Verdad?

TONTO ¡Ji, ji! Es lo que les ocurre á todos los casados del pueblo. ¡Em... empezando por mi padre!

SOC. ¡Pero qué sinvergüenza eres, Juanillo!

ESCENA VIII

DICHOS, CURRA y JUANITA; luego MAMÁ DOLORES

(Curra y Juanita, madre é hija, llegan por el foro. Vienen también con trajes sencillos y ligeros, y mantones de espuma en forma de chal. La madre habla por los codos. La niña apenas habla, y cuando lo hace es con una voz «engolada» que da angustia oirla.)

CURRA — Ave María, qué oscuridad. No sé cómo pueden ustedes... Luz, luz, luz. (Enciende la lámpara.) ¿Quién está aquí? Digo, ¿eh? Ahora me lo explico; el Tonto con las niñas.

TONTO — ¡Ji, ji!... ¡O... o... ole lo buen o!

CLOT. — Juanita, mira qué flores más bonitas traes.

JUA. — ¿Te gustan?

CURRA — Niña, cierra la ventana, que nos van á ver desde la calle. (Juanita obedece.)

TONTO — (A Juanita.) Vi... vivan las rositas de Abril... ¿Cuán .. cuán... cuándo me vas á dejar que te dé un beso?

CURRA — Mira, Tonto; como me la hagas llorar, como anoche, del bofetón que te doy te vuelvo listo.

TONTO — ¡Ji, ji!

CURRA — ¿Y mamá Dolores?

MAMÁ D. — (Saliendo á tiempo por donde se fué, y cerrando la puerta.) Aquí está mamá Dolores, que le va á plantar un soplamacos á aquel embustero.

TONTO — ¡Ji, ji!

MAMÁ D. — ¿Pues no me engaña el muy granuja? (A Curra.) ¿Cómo sigue Magdalenilla?

CURRA — Bien. Ya está bien. Becerra es el que tiene un catarrazo atroz... Esta noche me voy á escape.

(Se sientan todos, menos Juanita, que juega por la escena.)

JUA. — ¿Vamos á jugar á las cartas rusas?

CLOT. — Déjate de cartas ahora.

SOC. — Somos muy pocas hoy. Si hubiera venido Isabelita...

TONTO — Pa... para jugar á algo, al escondite.

MAMÁ D. — Nos dedicaremos á la tijera.

CURRA — A propósito. Se me olvidaba decírselo á ustedes. He hecho los imposibles por traer á Pepillo Gallardo. Inútil. Ni arrastrado viene. (Imitándolo.) «Déjeme usté á mí de curzileo.» Eso fué todo lo que se le ocurrió.

MAMÁ D. — Animal, borricote, rucho. ¡Qué taifa de pollinos!

CLOT. — Cuando yo venía para acá, tuve que pasarme á la otra acera, huyendo de Luisillo Moreno, que traía una curda que iba bordando la calle con los pies.

SOC. — Mayor la llevaba ayer tarde el sinvergüenza del hermanito, que tiene menos años.

CURRA — Pues Miguelón, el primo, se ha cerrado en que no estudia, y en que no estudia, y en que no estudia. Y no estudia.

MAMÁ D. — Como que ese es carne de noria.

CURRA — ¡Ah! ¿Y lo que he sabido? A Pepe Conde me lo ha pescado una de Morón.

SOC. — Buen provecho le haga.

CLOT. — No la envidio. Es un hombre que lastima la vista de rubio que es.

SOC. — Yo tengo que buscarle la luz como á los retratos antiguos.

MAMÁ D. — Lo de menos sería el color si tuviera vergüenza.

CURRA — (Pegándole al Tonto con el abanico.) Juanillo, no te duermas, que luego cuesta Dios y ayuda despertarte...

TONTO — No... no me duermo: es que estoy pensando.

JUA. — ¿Vamos á jugar á la lotería?

CLOT. — ¿Quién se ocupa de juegos, tonta?

CURRA — ¡Jesús, qué chiquilla! No le gusta más que jugar. Y ya tiene edad de otra cosa.

JUA. — Pues si me distraigo...

MAMÁ D. — Déjala que no se meta á mujer, que tiempo le queda.

CURRA — Si fuera ella sola, no tendría yo prisa... Pero aguardan quince detrás. Y mientras ésta no se case, no visto á ninguna de largo. Aunque me critiquen. Y cuidado que Candelarilla y Josefilla están ya pidiendo una

cuarta más en el vestido. Todavía Candelarilla se defiende mejor, porque es finita. Pero la otra... la otra con quince años, es una vergüenza: tiene más pantorrillas que yo.

TONTO ¡Ca!

CLOT. La que está preciosa es Carmela.

MAMÁ D Ah, Carmelilla. Sí. ¿Carmelilla no es la de los ojos claros?

CURRA No. Carmelilla es la de la naricilla respingoncilla. Esta se refiere á Rosarillo.

CLOT. Justo: á Rosarillo.

CURRA Son chocheces de madre, pero me tiene vuelto el juicio. Es una divinidad de cara y de cuerpo. Hay que verla desnuda.

TONTO ¡Bueno!...

CURRA (Pegándole otra vez.) ¡Sinvergonzón! Consuelillo es más morenilla, pero en cambio está mejor formada. Y de la que espero mucho, mucho, mucho, es de Manolilla. Y de Asuncioncilla también.

MAMÁ D ¿Cual es Manolilla?

CURRA ¿Manolilla he dicho? Yo misma me confundo. Lolilla he querido decir. Manolilla se llamará la que tenga el año que viene. Por la tía de Becerra.

SOC. ¿Pues sabe usted lo que le digo, señora? Que si en vez de Manolilla, Asuncioncilla, Candelarilla, Josefilla, Lolilla, y toda esa caterva, hubiese usted traído al mundo á Periquillo, Antoñillo, Eduardillo, Paquillo y Joselillo.. hasta quince, á estas horas tenía usted una calle en el pueblo.

CLOT. ¿Una calle? ¡Una estátua!

CURRA ¡Ay, qué graciosa ha estado! Se lo diré á Becerra. Yo lo más que puedo hacer, es tener ahora quince varones.

MAMÁ D. Entonces sí que va á necesitar la calle: ¡para que viva la familia! (Se ríen todos.)

JUA. ¿Vamos á jugar á «encendido te lo doy, si apagado me lo das, prenda pagarás?»

CURRA No, hija; esta noche no jugamos á nada.

TONTO En... en todo caso al escondite.

SOC. A lo que vamos á jugar es á irnos.

MAMÁ D ¿Tan pronto? ¡Claro! Si hubiera pollos que

las distrajeran á ustedes, no se irían... Pero estas tertulias son de pan con pan.

TONTO ¡Que... que estoy yo aquí, mamá Dolores!

MAMÁ D. Animales, borricos: no saben hablar más que con pindongas. Ven á una señorita y echan á correr asustados. ¡Ay, qué cambio ha dado este Arenales del Río! En mis tiempos había aquí un manojo de muchachos que daba gusto. Mi Rufino era de lo menos saliente, y ya ven ustedes qué figura tiene todavía... A caballo daba gloria verlo. Los Carnavales de aquí eran famosos en Andalucía... Venían familias de Cádiz, de Sevilla, de Huelva... En el Casino se armaba una fiesta y un baile por menos de nada... Siempre había pretexto para divertirse y pasarlo bien. Lo que ocurre cuando hay sociedad. Los muchachos finos solían darnos serenatas muy bonitas á las pollas más principales. Porque esto que sucede aquí ahora, de que la hija del tío Pitijierve, que no es de clase, ni lo será nunca, se pasee por la Plaza con las demás... ¡eso no se ha visto en el mundo! Todavía me acuerdo yo de una estudiantina... ¡Ah!... Becerra se acordará también. (Cantando, peor que en sus tiempos.)

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla,
si quieres que te cantemos
saca cuatrocientas sillas.

(Aplausos.)

CLOT. ¡Muy bien!

SOC. ¡Muy bien!

MAMÁ D. Les digo á ustedes que en Arenales del Río se podía vivir. (Silencio. Las muchachas se quedan pensativas.)

SOC. Bueno; pues nos iremos con tan agradable sabor de boca. (Se levanta. Luego se van levantando las demás.)

CLOT. Sí, vámonos. ¿Quién me lleva á mi casa?

MAMÁ D. Andrea, María Rosa... Cualquiera.

CURRA ¿Para qué? Yo te dejo al pasar. Y á tí también, Socorro. Si es mi camino.

SOC. Ea, pues vamos.
(Coge cada una su mantón y se lo pone. Mientras, llega Andrea sollozando aún, á anunciar una visita á mamá Dolores.)

ESCENA IX

DICHOS y ANDREA; luego ÁLVARO

AND. Zeñorita.
MAMÁ D. ¿Qué hay?
AND. Un cabayero pregunta por usté.
MAMA D. ¿A estas horas? ¿Quién es?
AND. No lo conozco. Dice que viene de aquí de Cañaverá.
MAMÁ D. ¡El demonio del hombre! Ese es uno que me quiere vender unos borregos, y yo no quiero comprárselos, y me trae loca. Que entre ya y lo desengaño del todo.
(Vase Andrea.)
SOC. Conque, mamá Dolores, hasta mañana.
MAMÁ D. Hasta mañana, hijita.
CLOT. Hasta mañana.
MAMÁ D. Adiós. Tantas cosas á tu madre. Dile que se deje ver de cuándo en cuándo. Adiós, Curra. Que se alivie Becerra.
CURRA Gracias, mamá Dolores.
JUA. Buenas noches, mamá Dolores.
MAMÁ D. Adiós.
TONTO Ma... ma... mamá Dolores, descansar.
MAMÁ D. Adiós, mala persona.
TONTO ¡Ji, ji! Esta noche voy á soñar con Socorrito.
(Al ir á marcharse por la puerta del foro aparece Alvaro en ella. Todas, la propia mamá Dolores también, hacen un movimiento de sorpresa.)
MAMÁ D. (Pues no es quien yo creía... No conozco...)
(Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto, van marchándose por este orden, y dedicando sendas cortesías al recién llegado, á las que él contesta respetuosamente. Así que desaparecen todos, avanza un poco hacia mamá Dolores y la saluda.)
ALV. Señora, buenas noches.
MAMÁ D. Buenas noches.

ALV. Usted me perdonará si vengo á hora inoportuna, dadas las costumbres de estos pueblos.

MAMÁ D. No, señor, no...

ALV. Sin duda estoy hablando con la dueña de la casa: doña Dolores Feijóo.

MAMÁ D. Yo misma soy. ¿Me conoce usted?

ALV. No tenía ese gusto.

SOC. (Saliendo de nuevo.) Mamá Dolores; con permiso.

MAMÁ D. ¿Qué quieres?

SOC. (Hablando con ella, pero sin quitarle ojo á Alvaro.) ¿El molde de la carne de membrillo, me lo envía usted á casa ó mando yo por él?

MAMÁ D. Yo te lo mandaré: no te ocupes de ello.

SOC. Mejor será: porque como tengo esta cabeza... Hasta mañana.

MAMÁ D. Hasta mañana. (Diablo de piruja...) (Vase Socorrito haciéndole á Alvaro una nueva cortesía.) Y yo, ¿con quién tengo el honor...?

CLOT. (Lo mismo que Socorrito.) Mamá Dolores.

MAMÁ D. ¿Qué hay?

CLOT. Por supuesto, si viene mi madre, dígale usted que me ha llevado Curra... No vaya a armar una de sus novelas.

MAMA D. Descuida.

CLOT. Hasta mañana.

MAMÁ D. Adiós. (Vase Clotilde repitiendo también la cortesía.) Le preguntaba á usted... Pero tenga la bondad de sentarse. (Se sienta ella.)

CURRA (Saliendo con Juanita.) Mamá Dolores; ¿don Rufino está bueno, verdad? Como esta noche no ha salido...

MAMÁ D. Sí, sí: está bueno. Gracias.

CURRA Que usted descanse.

MAMÁ D. Adiós.

ALV. Veo que es usted una madre casi universal...

MAMÁ D Je, je. En el pueblo toda la pollería... Y la segunda reserva también...

TONTO (Saliendo.) Ma... ma... mamá Dolores.

MAMÁ D. ¿Qué se te ofrece, hijo de mi alma?

TONTO ¿A... á... á cuántos estamos hoy, por una disputa?

MAMÁ D. A trece. Vete y déjame en paz, majadero.

TONTO Hasta mañana. (Vase.)

MAMÁ D. Bien; á ver si nos entendemos nosotros... (Alvaro mira á la puerta.) No; ya no hay más: esté usted tranquilo. Cosas de los pueblos... Ha llamado la atención su visita. Siéntese usted, y dígame quién es y el objeto que aquí lo trae.
(Se sienta Alvaro.)

ESCENA X

MAMÁ DOLORES y ÁLVARO

(Álvaro es un muchacho fino, simpático, elegante, sencillo, de muy abierta fisonomía. Viene en traje de montar á caballo. Trae fusta y sombrero flexible.)

ALV. ¿Es usted buena fisonomista?

MAMÁ D Psch... regular. No lo he sido mala; pero ya tengo los ojos cansados, como los perros viejos.

ALV. ¿Y no le recuerdo á usted á nadie? Míreme usted bien.

MAMÁ D Deje usted que me ponga las gafas: me ha metido usted en curiosidad. (Se pone las gafas, lo mira detenidamente y se las quita luego.) No caigo... Y el caso es que yo juraría. . Pero no, no caigo. Ríase usted, que dicen que riéndose se coge mejor el aire de las personas. (Alvaro se ríe de buena fe.) Nada; ni riéndose. No es cosa de hacerlo á usted llorar, para ver si así...

ALV. Sería difícil que usted me reconociera. No me ha visto nunca, y la persona por quien puede recordarme murió hace tantos años... Usted fué muy amiga de Pastora Velázquez, ¿verdad?

MAMÁ D. ¡Pastora Velázquez!... ¡Ya lo creo!. . ¿Es usted su hijo?

ALV. Su hijo soy. (Se estrechan las manos con emoción.)

MAMÁ D. Ahora que lo sé, lo veo claro. Tiene usted la misma cara de ella. La nariz, los ojos... Y la voz, la voz... Más que nada la voz. ¡Je-

sús, Jesús!... Pero ¿cómo había yo de caer?... Pastora se fué de aqui hace más de treinta años... Ella era mucho más joven que yo; casi le doblaba la edad... Pero fuimos íntimas. ¡Qué simpática y qué buena era la pobre!

ALV. Murió siendo yo un chiquillo todavía. Pero no tan chiquillo como para olvidar lo mucho que me hablaba de usted, de este pueblo, de esta casa. . ¿Y su marido de usted? ¿Vive?

MAMÁ D. A Dios gracias. No lo parte un rayo. Ni á mí tampoco. Ahora lo llamaré. Nos hemos acartonado los dos, y yo no sé cuándo vamos á morirnos. Esta es la verdad. ¿Cómo se llama usted?

ALV. Alvaro.

MAMÁ D. Ah, como su padre. ¿Recuerda usted á su padre?

ALV. No. Ya sabe usted que, antes de nacer yo, salió de España con mi madre, perseguido, acusado por aquellas calaveradas políticas...

MAMÁ D. Ya lo sé. Lo vendieron los que él creía sus amigos. Era un hombre de corazón. Inflexible, terco, exaltado. Daba pena verlo rodeado de aquella pillería. De puro bueno, parecía loco algunas veces.

ALV. Y lo era; desde el momento en que creía que todos los hombres eran como él.

MAMÁ D. Diga usted, Alvaro: ¿usted—ó he perdido yo los memoriales—nació en alta mar, camino de América?

ALV. Sí, señora. Tuve la cuna mejor mecida que ha tenido nadie.

MAMÁ D. Sólo que su madre de usted hubiera preferido mecérsela ella.

ALV. Eso sí. En tierra firme. A los dos años de emigración, mi pobre padre, harto de la vida...

MAMÁ D. Fué una gran desgracia. Lo supe.

ALV. A los hombres como él, los arroja del mundo el desencanto.

MAMÁ D. ¿Y á usted se lo llevaron á París, con su tío César?

ALV. No; entonces no. Años después, cuando murió mi madre.

MAMÁ D. ¿Ahora vive usted con su tío?

ALV. No, señora; mi tío también murió. Me he quedado solo.

MAMÁ D ¿Solo?

ALV. Sí. Y vivo errante, de aquí para allá, viajando casi siempre. En ningún lugar paro mucho tiempo. Por temperamento soy volandero, inconstante... Aborrezco la estabilidad. Me gusta vivir sin echar raíces en el suelo. Si ya por naturaleza no fuera así, lo sería por reflexión. El recuerdo de mi padre me aparta de las cosas y de los hombres. Prefiero tratarlos de lejos, por encima... De todo y de todos, me contento con ver la espuma. La espuma es agradable.

MAMÁ D. ¿Y á qué ha venido usted á Arenales del Río, si no es indiscreción?

ALV. A Arenales del Río, á conocerla á usted solamente.

MAMÁ D Muchas gracias.

ALV. A Cañaveral, aparte la venta de unas tierras de poco valor, me ha traído el deseo, contenido hasta ahora, de ver el pueblo en donde nacieron mis padres; en donde acaso debí yo nacer. A mí, que viajo tanto, me remordía la conciencia ya de no haberlo visto.

MAMÁ D. Pues ha cambiado mucho. El pueblo es otro. Como este.

ALV. Ya, ya he podido observarlo. La casa que fué nuestra es hoy una fundición de hierro. Mudanzas del tiempo, que juega á su antojo con las cosas y con los hombres.

MAMÁ D. Mire usted qué dolor de casa.

ALV. Y yo, que en mi adolescencia tuve mis puntas y ribetes de revolucionario—de tal palo tal astilla,—que no quería dejar en el mundo piedra sobre piedra, he sentido una tristeza muy honda al no ver, en mi visita á Cañaveral, la casa de los señores de San Miguel tal y como me la pintaba mi madre.

MAMÁ D. Calle usted, calle usted... El progreso hace cada paparrucha...

(Pausa breve.)

ALV. Usted tuvo hijos, ¿verdad?

MAMÁ D. Tres tuve; pero murieron pequeñitos. El mayor de seis años.

ALV. ¡Qué lástima!

MAMÁ D. Por eso miro con tanta ilusión á esa pollería que usted ha visto antes. Ya que no quiso Dios conservarme los míos...

D. RUF. (Dentro, gritando.) ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

MAMÁ D. Ahí viene mi marido. Y me parece que no viene solo.

ESCENA XI

DICHOS y DON RUFINO

D. RUF. (Saliendo por el foro con su «compañera» habitual é inseparable.) Pero, Dolores, ¿esta noche no se cierra la puerta?

MAMÁ D. Pero, Rufino...

D. RUF. (Reparando en Alvaro, que se ha levantado.) ¡Ah! Usted dispense.

MAMÁ D. (Presentándolos.) Aquí tiene usted á mi esposo. (¡Que viene bueno!)

ALV. Muchísimo gusto...

D. RUF. (Esforzándose en aparecer fresco como una lechuga, y altamente correcto.) El gusto siempre es mío...

MAMÁ D. Fíjate en este señor á ver si lo conoces.

D. RUF. Sin fijarme: con verlo nada más me basta. Ya sé quién es. ¡El hijo del comandante de la remonta de Estepilla!

ALV. No, señor...

MAMÁ D. Siempre habías tú de apearte por las orejas.

ALV. ¿Me parezco yo en algo á ese caballero?

D. RUF. En nada.

MAMÁ D. Entonces...

D. RUF. Lógica. De mis labios no sale una palabra que no tenga lógica. Días pasados, el señor comandante de la remonta de Estepilla, tuvo á bien decirme: cuando menos lo espe-

re usted, irá á visitarlo el mayor de mis hijos. Verá usted qué caso más raro: no se parece en nada á mí. Lógica. Llego á este recinto, me sorprende su presencia de usted, no tiene usted ni un pelo del comandante de la remonta de Estepilla, y digo: Tate: su hijo. ¿Hay lógica?

ALV. Sí, señor; rectilínea. Eso es indudable.

MAMÁ D. Entérate, Rufino: este que ves aquí es el hijo de un gran amigo tuyo. Y lleva su mismo nombre: Alvaro San Miguel.

D. RUF. ¿Alvaro San Miguel? ¡Ah!... Quién pensara... Deme usted un abrazo. (Se abrazan.)

MAMÁ D. Qué visita más inesperada, ¿verdad?

D. RUF. Y más agradable.

ALV. Para mí lo es mucho.

D. RUF. Yo fuí de los leales, amigo mío. De los contados leales á su papá.

ALV. Lo sé, lo sé...

D. RUF. Pobrecillo. Un gran corazón. (A su mujer.) Mira que ha crecido este muchacho, Dolores.

MAMÁ D. Pero, hombre, si tú no lo has conocido hasta ahora...

D. RUF. ¿Y eso qué? ¿No salta á la vista que ha crecido? Lógica, lógica.

MAMÁ D. (Considerándolo cosa perdida.) Ay, ay, ay..

ALV. (¡Qué borrachera tiene encima este buen señor!)

MAMÁ D. Siéntese usted, Alvaro.

ALV. No; ya no. Es tarde. Mañana nos veremos. Yo he de permanecer aquí un par de días.

D. RUF. Sí, hombre, sí. ¿Qué menos? Le enseñaremos á usted el pueblo y sus alrededores; comerá usted un día con nosotros; prepararemos una jira...

MAMÁ D. ¿Usted viene á caballo, no?

ALV. Sí, señora.

MAMÁ D. ¿Y de aquí vuelve usted á Cañaveral?

ALV. Justamente.

MAMÁ D. Pues el último día que pase usted aquí iremos al *Pinar*, que es una finca nuestra, á mitad de camino. Un sitio muy hermoso.

D. RUF. Muy hermoso.

MAMÁ D. Allí merendamos, y desde allí sigue usted su viaje.

ALV. Perfectamente. Agradezco infinito la idea.

D. RUF. ¿Es usted aficionado al arte?

ALV. Un poco.

D. RUF. Ah, pues en Arenales hay alguna curiosidad... Tenemos el Castillo de la Luz, que en cada agujero encierra una leyenda.. Tenemos la Torre del Pico, famosa en la guerra con los franceses... Y en la iglesia hay algo también. Verá usted un Greco.

MAMÁ D. A mí el Greco me parece un mamarracho muy gordo; pero, en fin, este que lo entiende dice que es magnífico, y los ingleses que lo ven se ponen á hacer aspavientos...

D. RUF. ¿En dónde para usted?

ALV. En la Fonda de la Palma. Me ha llevado á ella un criado que viene conmigo, y que conoce el pueblo.

D. RUF. ¡Hombre, por Dios! Véngase usted acá.

ALV. No, no; mil gracias; no. Eso de ninguna manera.

MAMÁ D. ¿Por qué no?

ALV. No se hable más de ello. Lo agradezco como si lo aceptara. Y si ustedes no tienen qué mandarme...

D. RUF. Sí tal: que haga usted el favor de esperar un segundo, que voy por mi sombrero para acompañarlo á usted á su casa.

ALV. Por Dios, no se moleste...

D. RUF. No es molestia; pero ojalá lo fuera, para tomármela por usted. Vuelvo, vuelvo en seguida.

ALV. Gracias, señor.

(Vase don Rufino por el foro, hacia la izquierda.)

ESCENA XII

MAMÁ DOLORES, ALVARO y ANDREA

(Momentos antes de acabar la escena anterior, se oye á lo lejos el rumor de voces y guitarras de una ronda de mozos que van cantando. Durante esta escena

continúa oyéndose, siempre lejos Son los quintos nuevos, que piden para pasar la noche de fiesta, y que cantan las coplas siguientes:)

Disen que te vas er lunes,
no ta vayas hasta er martes,
que tiene mi corasón
muchos consejos que darte.

—

Aunque me voy no me voy,
aunque me voy no me ausento;
aunque me voy de palabra
no me voy de pensamiento.

AND. (Por el foro, tan compungida como siempre.) Zeñorita.

MAMÁ D. ¿Qué quieres, mujer?

AND. ¿Me deja usté dí á la esquina, que están pazando por ayí los quintos que ze van mañana? Desde aquí ze lez oye: escuche usté.

MAMÁ D. ¿Va con ellos tu novio?

AND. Zí, zeñora.

ALV. ¿Se le llevan á usted el novio al servicio?

AND. Mañana; zí, zeñó.

ALV. ¡Qué desgracia más grande!

AND. Y ahora va con loz otros, cantando y pidiendo pa pazá la noche divertíos.

MAMÁ D. Ea, pues anda, anda vé á donde quieras. Pero no te tardes.

ALV. Espere usted. Puesto que van pidiendo los muchachos, lléveles usted para que beban. (Dándole un billete.)

MAMÁ D. Alvaro, por Dios.

ALV. ¡Señora! Tome, tome.

AND. ¿Lo tomo, zeñorita?

MAMÁ D. Tómalo.

AND. Ay, pos muchas gracias. Yo les diré á los mozos que es de un zeñorito mu guapo.

ALV. Ahora soy yo el que da las gracias. (Vase Andrea por el foro.)

MAMÁ D ¡Bueno se van á poner el cuerpo! Tendrá usted la culpa de que fusilen á cuatro ó seis.

ESCENA XIII

MAMÁ DOLORES, ALVARO y DON RUFINO

D. RUF (Por el foro, con el sombrero en la mano.) Listo. A sus órdenes.

ALV. A su disposición. (Don Rufino le da el sombrero, que antes dejó Alvaro en una silla.) Gracias. (Despidiéndose.) Mamá Dolores... yo también quiero darle á usted este tratamiento..

MAMÁ D. De nadie lo recibo con más gusto. Créame usted. La satisfacción que me ha producido el verlo, no tengo que decírsela. Seremos amigos; muy amigos.

ALV. Lo somos ya.

D. RUF. Amigos en español, *amis* en francés, *amici* en italiano, *amici* en latín...

MAMÁ D. Bueno está, bueno está de idiomas.

ALV. Mamá Dolores, hasta mañana.

MAMÁ D. Hasta mañana.

D. RUF ¿Vamos?

ALV. Vamos.

D. RUF. Usted delante.

ALV. Como usted quiera. (Se van por la puerta del foro hacia la derecha.)

ESCENA XIV

MAMÁ DOLORES, SOCORRITO, CLOTILDE, CURRA, JUANITA y el TONTO MEDINA; luego ALVARO

(Salen todos, á excepción de Alvaro, naturalmente, por la puerta de la izquierda, uno detrás de otro, en cómica fila, con los ojos llenos de preguntas. Mamá Dolores se sorprende y hasta se asusta un poco. Los cinco la rodean y le hablan casi casi simultáneamente.)

CLOT. Oiga usted, ¿es soltero?

MAMÁ D. ¿Eh?

SOC. ¿Va á estar mucho tiempo en Arenales?

MAMÁ D. ¡Jesús!

CURRA ¿Este es hijo de aquel famoso San Miguel?...
JUA. Es guapo, es guapo.
TONTO ¿Le... le toca á usted algo, mamá Dolores?
MAMÁ D. Por supuesto, sois el mismo demonio.
SOC. ¿Está solo en el mundo, verdad?
CLOT. Es un tipo muy interesante.
CURRA Muy simpático; muy distinguido.
JUA. Es guapo, es guapo.
TONTO Un... un rival; como si lo viera.

(Alvaro se presenta por el foro, de improviso. Movimiento de sorpresa y de cierta vergüenza en todos.)

ALV. Me olvidaba... (Reparando con extrañeza en el cuadro.) ¿Eh? (Sonriéndose.) Me olvidaba la fusta...
MAMÁ D. Ah, la fusta. Sí...

(Las muchachas se apresuran á dársela.)

ALV. Hasta mañana.
MAMÁ D. Hasta mañana.

(Saluda reverentemente desde la puerta. A su cortesía, contestan también saludando todos: Socorrito, con una sonrisa muy dulce; Clotildita, con una postura de minué; Curra, como si ya fuera su suegra; Juanita, azorada; mamá Dolores, con afabilidad, y el Tonto como Dios le da á entender. Mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un pinar en las inmediaciones de Arenales del Río. Apenas se filtra el sol por entre los árboles. En el suelo, hacia la izquierda, un tronco viejo que hace veces de banco.

ESCENA PRIMERA

MAMÁ DOLORES y ALVARO; al final el TONTO MEDINA

(Aparece solo el pinar. De la parte de la derecha vienen de cuando en cuando alegres risas de muchachas. Por la izquierda salen á poco Alvaro y Mamá Dolores, conversando.)

ALV. Hermoso día estoy pasando, mamá Dolores. Lástima que se acabe... y que sea el último que paso entre ustedes.

MAMÁ D. El sitio es precioso, ¿verdad?

ALV. El sitio y la casa. Si yo fuera hombre dado al matrimonio se la pediría á usted para la luna de miel.

MAMÁ D. ¿Ah, sí? Pues cuenta con ella, por si acaso. Te cojo la palabra. Vé tú á saber si con el tiempo...

ALV. Es difícil. Considero una desgracia muy grande que no le guste á uno más que una mujer. ¡Hay tantas y tantas bonitas!... Y como usted comprende, por el hecho insignificante de casarme yo con una sola, no han de volverse feas todas las demás. Y

desde ese momento estoy perdido: porque donde haya una mujer bonita, allí me tiene usted á mí. Para todo, absolutamente para todo... menos para casarme con ella.

MAMÁ D. Quien ama el peligro, en él perece. Tú caerás, Alvaro.

ALV. Lo sentiría por mi señora. Iba á vivir alarmadísima la pobre.

MAMÁ D. ¡Ja, ja, ja!

ALV. De nada, por agradable que sea, quiero quedar harto en esta vida. Y muchísimo menos de la mujer. Primero que llegue el hastío—que llega—me voy yo. Me gusta adorarlas, pero como ha dicho el poeta,

así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...

¿Ve usted de la manera como se pasan las páginas de un libro predilecto? Pues igual. Eso son para mí las mujeres: páginas de una obra... que no sé los tomos que tendrá, pero que ojalá tenga muchos. Las voy pasando, pasando, y una me hace reir, y otra me interesa, y otra me encanta, y otra me conmueve .. Pero ..

así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...

MAMÁ D. ¿Sabes que me vas resultando un punto filipino?

ALV. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ D. Con todo, creo que harías un casadito muy aceptable. Me agradaría que te pescara una de aquí (Se sienta.)

ALV. Ya no hay tiempo. Dentro de una hora me marcho... Pensé quedarme con ustedes tres días y llevo siete.

MAMÁ D. Esas cosas... El diablo las enreda.

ALV. No, no; que no las enrede, porque me marcho.

MAMÁ D. Vamos, que si se empeñara Socorrito...

ALV. (Alarmado.) ¿Eh?

MAMÁ D. No te asustes, hombre. No me niegues que Socorrito no te parece á tí ningún costal.

ALV. No, señora; no me lo parece. Ni Socorrito, ni Clotilde, ni Isabel, ni María...

MAMÁ D. No, no, no; no generalices. Socorrito.

ALV. Pues ¡qué diablo! tiene usted razón: Socorrito. Es una muchacha interesante. Por bajo de la capa de su conversación, ligera y graciosa, se advierte el espíritu de una mujer que siente y que piensa.

MAMÁ D. Y que sufre.

ALV. En fin, señora, ingenuamente le declaro á usted que la encuentro tan hechicera, tan atractiva... que me voy esta tarde.

MAMÁ D. Si te oyera el borrachón de mi marido te saldría con que eso no tiene lógica.

ALV. ¿Dice usted que sufre Socorrito? ¡Ya lo creo!

MAMÁ D. Socorrito... y todas las muchachas del pueblo. Es cosa que entristece el ánimo pensar en ellas. ¿Tú sabes la taifa de zanguangos que hay en Arenales? Yo me indigno. Borricotes, estúpidos, gañanes, zapatortas...

ALV. En efecto: existe una diferencia esencial entre hombres y mujeres: la he notado Como también he podido observar á mi paso por aquellas calles, que detrás de cada ventana hay siempre una mujer que mira... y que espera. Y deja uno las ventanas atrás, y sigue sintiendo los ojos que lo miran hasta que desaparece de la calle.

MAMÁ D. Es verdad; es mucha verdad. ¡Pobrecitas mías!

ALV A propósito. ¿Quién es una morena, enlutada, de ojos muy negros...? Vive en una calle á cuya entrada hay un Cristo viejo con una lamparilla.

MAMÁ D. Ah, sí; ya sé quién dices. Si vuelves á pasar por allí encomiéndate al Cristo. Tres veces se ha casado ya esa morena.

ALV ¡Sopla!

MAMÁ D. Y ahora va á cargar con un tendero, cuatro veces viudo. El duelo á muerte le dicen en el pueblo.

ALV. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ D Aquí se da mucho ese tipo, no creas. ¡Hay cada lagartona, con el colmillo retorcido!... ¡Ah! Viudas, mal casadas... con poquísima vergüenza casi todas ellas...

TONTO (Que sale por la derecha, á tiempo de oir las últimas frases.) ¡Em... empezando por mi tía!... (Se ríen los tres.)

MAMÁ D. Este tonto dice unas cosas...

ESCENA II

MAMÁ DOLORES, ALVARO y el TONTO MEDINA. DON RUFINO dentro

TONTO ¡Al... Alvaro! ¡Al... Alvaro!

ALV. ¿Qué hay?

MAMÁ D. (Levantándose.) ¿Qué ha de haber? Que te echarán de menos las muchachas.

TONTO E... eso mismo; que han hecho ya el columpio.

ALV. ¿Han hecho ya el columpio?

TONTO Sí... sí señor. Mírelo usted.

ALV. ¡Es verdad! ¡Pues si es una obra magna! (Gritando.) ¡Voy en seguida! ¡Voy! (A Mamá Dolores.) ¿Se queda usted?

MAMÁ D. Sí. A ver si saco de la bodega á Rufino, que debe de estar á estas horas hecho un mosquito.

ALV. Lo está, lo está. A mí se ha empeñado en emborracharme. «Que naranja del cuarenta y ocho, que un vinito ajerezado especial, que aguardiente de caña...» ¡Porque mezcla que es una perdición!

TONTO ¡Ji, ji!

D. RUF. (Dentro, lejos, hacia la izquierda.) ¡Alvaro! ¡Alvaro!

TONTO A... ahí viene.

ALV. No, pues no me pesca. Mamá Dolores, líbreme usted de él.

MAMÁ D. ¡Pendón de viejo! Te digo que me tiene frita.

ALV. (Hacia la derecha, como antes.) ¡Voy! ¡voy! (Se va corriendo.)

D. RUF. (Un poco más cerca.) ¡Alvaro!

MAMÁ D. ¡Calla! (Al Tonto.) ¿Tú no te meces?

TONTO No .. no, señora... Me mareo mucho...

MAMÁ D. Ya.

D. RUF. ¡Alvaro!

MAMÁ D. (Yéndose por la izquierda.) ¡Que te calles, hombre! ¡No quiere más vino! Y hace bien.

ESCENA III

El TONTO MEDINA y ANDREA; luego GASPAR. UNA MUCHACHA que canta dentro

TONTO ¡Ji, ji!... Se... se ha creído lo del mareo. ¡Y no está mal mareo!... (Se tumba en el suelo, de cara á la derecha.) Desde aquí tendido, con el ir y venir del columpio... ¡Ji, ji!...

(Oyese la primera copla. El Tonto sigue con el cuerpo y la cabeza el movimiento del columpio, y se ríe y da gritos semisalvajes. Pasa el gran rato el hombre.)

VOZ *En el jardín de tu casa*
sinco jazmines cogí,
y eran los sinco sentidos
que tengo puestos en tí.

TONTO ¡Digo! ¡digo! ¡Cómo engañan esas de la cara finita! (Sale Andrea por el primer término de la derecha con un cantarillo lleno de agua. A pesar de los días transcurridos sigue sollozando.) ¡An... Andrea!

AND. ¿Qué quié usté?

TONTO (Incorporándose.) ¿Me... me das un buchecito de agua? En el mismo cántaro la bebo.

AND. Tome usté la que quiera. (Le acerca el cántaro y le da de beber. El Tonto, mientras, no deja de hacerle alguna caricia en los brazos.)

TONTO ¡Qué rica! ¡qué rica! Dios te lo pague. ¿Pe... pero vas llorando?

AND. Zí, zeñorito... Las cozas de la vía .. (Vase por la izquierda. Sale Gaspar, también por el primer término de la derecha, y atraviesa la escena. El Tonto lo detiene un momento.)

TONTO ¿Bus... buscas á tu amo?

GAS. No zeñó, zeñorito. Ya zé que está ayí en er columpio. Muchas gracias. (Vase por la izquierda.)

TONTO No... no hay de qué darlas, hombre. (Maliciosamente.) Me... me parece á mí... me... me parece á mí... El hombre es fuego, la mujer

estopa... vie... viene el diablo y sopla. (Se oye otra copla dentro, y el Tonto vuelve á su balanceo.)

VOZ *Anda y pregúntale á un sabio,*
si te sabe respondé,
si pena más er que quiere
ó er que no sabe queré.

TONTO (Levantándose de repente muy incomodado, como si hubiera visto al demonio, y dando vueltas inquieto por la escena.) ¡Mal... maldita sea la peste!... ¡Ya... ya está ahí esa bruja! ¿Que no hemos de tener fiesta sin ella? ¡Pues no me la dice, y no me la dice, y no me la dice!

ESCENA IV

EL TONTO, LA GITANA, SOCORRITO, CLOTILDE, JUANITA, ISABEL y ALVARO; al final ANDREA

(Sale por la derecha la Gitana, desarrapada y sucia. Trae sobre la cabeza una canasta que deja después en el suelo. El Tonto le huye, todo temblón y descompuesto, pero no se escapa de su presencia, que en cierto modo le atrae. Siguen á la Gitana, con algazara y risas, las cuatro muchachas y Alvaro. Las muchachas muy adornadas con flores del campo.)

GIT. Ven acá tú, no juyas; que no me como á naide.

TONTO ¡A... á ver si te estás quieta!

GIT. Pero ¿quién te ha tocao, güen moso?

TONTO Ve... vete á vender canastas y déjanos.

SOC. Lo que es hoy te dice la buenaventura, Juanillo.

ALV. Si, sí; yo tengo que oírsela.

TONTO Se... se la dirá al ladrón de su abuelo. A... á mí no me la dice.

GIT. Cáyate ya y no ofendas, que nadie se ha metío contigo. Asércate, hurón.

TONTO ¡Ve... ve... vete ya!

GIT. (Remedándolo.) Asércate, codorní: que hablas á gorpes.

CLOT. Anda, Juanillo, que te la diga.

ISAB. Pero ¿por qué no quiere?

ALV. ¿Por qué es ese miedo?

JUA. Yo no sé.

SOC. Porque un día le adivinó una cosa mala que había hecho.

CLOT. Por eso, por eso no quiere.

GIT. Pero si ahora le ví á desí la personiya resalá que está penando por esos güesesitos. Ven acá tú, presioso, que tienes ojos de caramelo chupao.

TONTO La... la... la persona esa, la sé yo mejor que tú. Que se la diga á usted, Alvaro; que se la diga á usted.

ALV. No, no; a usted primero.

SOC. ¿Usted también le teme?

ALV. ¿Yo?

CLOT. Sí, sí le teme; le ha bajado el color.

ISAB. ¡Que se la diga!

SOC. ¡Que se la diga!

JUA. ¡Que se la diga!

TONTO ¡Que... que se la diga! ¡Que .. que se la diga!

CLOT. ¡Le teme! ¡le teme!

ALV. ¿Que le temo? ¡A ver, gitana: ven aquí. (Alargándole la mano izquierda, palma arriba.) Dime lo que me va á pasar en este mundo, si lo sabes.

GIT. Sí que te lo diré, jermoso; que tienes planta de enamorao y bigote de gavilán.

CLOT. ¡Jesús! ¡Bigote de gavilán! (Risas de todas.)

TONTO ¡Co... como á mí!... ¡Lo... lo mismo que á mí!... ¡Bi... bigote de gavilán! (Nuevas risas.)

GIT. ¿Te quies cayá, inclusero; que no te pones ropa á la medía, y te vas á salí por una manga?

ALV. Bueno, bueno, ahora me toca á mí.

SOC. Callarse.

(Rodean á la Gitana y la oyen con supersticioso interés.)

GIT. (Cogiendo con una mano la de Alvaro y diciendo, como si en la palma leyera.) En er nombre sea de Dios, que donde está su nombre no hay mar ninguno, y lo que de Dios venga, güeno tiene que sé. Tú, jermoso, tienes un corasón que no te cabe dentro er pecho. Er vé lastimas, no es pa tí. Lagrimita que elante e tí se errame, lagrimita que secas tú con tu pa-

ñuelo. Dadivoso me eres, jasta lo liberá, porque viniste ar mundo en pañales de sea, y tira mucho lo hereao. Una penita mu honda te mina la vía, pero tú no se la cuentas á naide, porque quieres er sufrí pa tí solo. Lo que no consiga de tí una jembra, no lo consigue persona en er mundo. Las palabritas de mié que salen de tu boca, son toas pa las mujeres, que te oyen engolosinás. Una rubia mu rubia, esportiya e salero, sueña toas las noches contigo metía en sus sábanas; pero ayí se pué está yorando, que los tus pensamientos son pa una morena con dos ojos recortaos der manto e la Virgen, que en toas partes los pone menos en tí. Rencorosiyo no me eres, pero esto ya te trae una mijiya desasonao. Si pasiensia tienes y largo esperas, quisás argún día se te logre á tí tu capricho; pero has de quitarte de engreí á ninguna otra mujé con palabritas durses. Roando er tiempo, tendrás tres hijos y los tres serán curas. Ar que bien te desee, bien le deseo; ar que mar te quiera, los ojos se le sarten; que te lo mereses to por rumboso, y tienes bigotiyo de charó, risita de afortunao, planta de granaero y patitas de bailaó. Y ahora, échame una limosnita pa los *churumbeles*, salao.

ALV. ¡Ya lo creo! ¡Después de tantísimo piropo! Toma, mujer, toma...

TONTO ¡Lo... lo mismo que me dijo á mí: patitas de *bailaor!* ¡Saca dinero!

CLOT. ¿Conque tres hijos y curas los tres? ¡Mire usted que es desgracia la nuestra!

SOC. Mujer, los hijos de Alvaro ya no nos alcanzan á nosotras.

ALV Oye, tú: eso de los hijos curas, ¿no lo podríamos arreglar?

GIT. Ponme aquí una moneiya de plata, simpático to, que tienes bigotiyo de hule, y yo te contaré lo que no sabes...

ALV No, no; la cosa había de ser desinteresada.

GIT. (A Isabel.) ¿Te la digo á tí, amapola der campo?

ISAB. A mí no, á mí no.

GIT. (A Juanita.) ¿Y á tí, paloma mensajera?

JUA. Tampoco.

GIT. (A Socorrito.) Pues te la vi á desí á tí, botón de rosa.

SOC Me la has dicho ya varias veces y nunca has acertado. El morenito con lunares no acaba de llegar.

GIT. (A Clotilde.) Ea, grasiosa, entonces te la digo á tí.

CLOT. ¿A mí? Te la digo yo á tí primero. Hasta al gato de mi casa le he dicho yo ya la buenaventura...

GIT. Pos darme unas perriyas más, corasones de asúca, que ni por causaliá se vende una canasta, y me esperan ayí tres *chorreles* con las bocas abiertas como los gurripatos en er nío.

ALV. ¿Tres hijos tienes?

GIT. Tres me viven, y uno que está encargao.

TONTO ¡Men... mentira! ¡men... mentira!

GIT. ¡Mala puñalá te den; no te cayera más castigo que alimentarlos! Vamos, señó, ¿me echa usté esas perriyas, por la salú de estos luseros?

ALV. ¡No faltaba otra cosa!

GIT. Dios se lo pague á usté, galán.

SOC Y déjanos, déjanos.

CLOT. Ya sabes el camino.

TONTO (Desazonado.) ¡Sí, hombre, sí; que se largue ya! ¡Qué pesada se pone!

GIT. ¿Pero no te has muerto toavía, feo to? (Se enzarzan la Gitana y el Tonto. Ella, mientras se va, no para de echarle maldiciones, á las que él contesta más alterado cada vez. Los demás se ríen de la escena.)

TONTO ¡A tu casa, á tu casa! ¡Ma... ma... mala persona!

GIT. Miálo to temblando: está más nervioso que un flán.

TONTO ¡Porque no quiero nada con brujas!

GIT. Anda, esaborío: ¡condenao te veas á estrená botas!

TONTO ¡O te vas ó te miento la bicha!

GIT. (Corriendo furiosa detrás de él.) ¡Torsías te jagan

de la lengua pa ensendé las luses, roñoso! ¡Comío de picores te encuentres... y tenga que rascarte yo!

TONTO ¡Largo! ¡largo!

GIT. ¡Mala sangre! ¡malas ideas! ¡Permita Dios que se te caiga la barriga antes de comé! Ea, güenas tardes. (Vase por la derecha.)

TONTO ¡Pues hombre! ¡Pues estamos aquí divertidos con la bruja esa! En cuanto se aleje un poco le tiro un peñascazo. (Se va como en acecho de la Gitana buscando una piedra.)

ALV. ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué odio más cómico el que le tiene á la gitana!

SOC. Lo saca de quicio. Y como ella no hay fiesta en el campo donde no se presente, y á él le pasa lo mismo, siempre los tenemos que oir.

JUA. (A Isabel.) ¿Vámonos otra vez al columpio?

ISAB. Vámonos (A las otras dos.) Y ustedes, ¿no vienen también?

CLOT. Ahora.

(Se marchan por la derecha Isabel y Juanita. Por la izquierda sale Andrea.)

AND. Zeñorita Zocorro.

SOC. ¿Qué hay?

AND. (Secretamente.) La zeñorita Dolores... (Hablan bajo, aparte.)

CLOT. (A Alvaro.) ¿De manera que, según la gitana, usted viene á ser un mariposon?

ALV. La gitana no ha dicho eso.

CLOT. Ha dicho que tiene usted buenas palabritas para todas...

ALV Sí, pero... (Continúan hablando en voz baja.)

AND. Lo que quiere es que, zin que naide ze fije, vaya usté ayá.

SOC. ¿Está en la casa?

AND. Zí. Con er zeñorito don Rufino.

SOC. Pues voy en seguida. ¿Qué me querrá mamá Dolores? (Se va por la izquierda, seguida de Andrea, que no deja de sollozar.)

ESCENA V

CLOTILDE y ÁLVARO

CLOT. Se va Socorrito.

ALV. Sí. Se va.

CLOT. Pero, no se apure usted, que vuelve.

ALV. ¿Apurarme? ¿Por qué? Es usted demasiado maliciosa. Tiene usted una imaginación muy propensa á salirse de la realidad.

CLOT. Para eso es imaginación. ¿Quiere usted que vayamos al columpio?

ALV. Vamos.

CLOT. Yo no estoy de humor de mecerme. (Se sienta.)

ALV. Como me lo propone usted...

CLOT. Deseaba saber hasta qué punto le interesa á usted mi conversación. Y ya he visto que le importa muy poco.

ALV. Se equivoca usted completamente.

CLOT. La pícara imaginación.

ALV. Y además es usted injusta conmigo. Porque ya debía saber que me deleita oirla.

CLOT. ¡Jesús, María y José! Baje usted un poco más la voz, que hay eco.

ALV. ¿Y qué que haya eco?

CLOT. Que repite lejos las cosas, y alguien se pudiera enterar...

ALV. ¿De que hablamos? (Sentándose á su lado.) Por mí, que se enteren. ¿Acaso me recato yo nunca para hablar con usted? ¿No nos han visto todos muchas veces en alegre palique? Pero, en fin, por si el temor al eco no es por mí, sino por usted, siempre que tenga que decirle á usted que me encanta—¿lo oye usted? que me encanta—bajaré la voz. (Diciendo y haciendo.) Y para que el misterio sea absoluto, me acercaré á usted lo más posible... hasta donde usted me consienta...

CLOT. (Deteniéndolo con un ademán.) Así está ya bien. (Pausa.) ¡Ay!...

ALV. Chito... Cuidado con el eco.

CLOT. Ahora soplaba el viento y no había temor... ¿Le gusta á usted el ruido del viento entre los pinos?

ALV. Mucho.

CLOT. ¿No es verdad que parece que está detrás el mar?

ALV. Justamente: la impresión es esa.

CLOT. Oiga usted ahora. (Escuchan los dos.)

ALV. Sí, sí... El mismo rumor de las olas.

CLOT. Yo, hasta huelo á marisco. Mi nariz también tiene fantasía.

ALV. ¡Ja, ja, ja!

CLOT. ¡Qué lástima que en realidad no esté el mar ahí junto, y no haya una barca en la orilla!

ALV. ¿Prefiere usted el mar al campo?

CLOT. Prefiero siempre lo que no tengo.

ALV. ¿Vive usted de ilusiones?

CLOT. Y gracias. Y la ilusión presente, es la de un paseíto por el mar.

ALV. ¿Conmigo?

CLOT. Claro. Si no se asusta usted de las olas.

ALV. Nací sobre ellas.

CLOT. ¿Por supuesto en un buque?

ALV. Naturalmente.

CLOT. Sí; porque usted no tiene cara de ser pescado.

ALV. Favor que usted me hace. ¿Y no la inquieta á usted la idea de naufragar conmigo?

CLOT. A mí no. ¿Y á usted conmigo?

ALV. Tampoco. No ha entrado nunca en mis temores el de naufragar.

CLOT. ¿Lleva usted salvavidas?

ALV. Nunca.

CLOT. Pues mucho ojo.

ALV. Bien que con usted valía la pena de arrostrar el naufragio.

CLOT. ¿Verdad que sí?

ALV. ¡Qué ansiedad! ¡qué emociones! ¿Eh, Clotilde? ¡Mire usted que el momento de hundirse la barca entre la espuma de las olas revueltas!

CLOT. (Entusiasmada.) ¡Ay, qué bien! ¿Usted lo preferiría de noche, no?

ALV. Ya lo creo.

CLOT. Noche oscura, cerrada. ¿Y un rayo, estaría mal?

ALV. Si nos cogía por medio, sí.

CLOT. Bueno, pues entonces, sin rayo: con luna. Una luna muy blanca, muy blanca...

ALV. Muy blanca.

CLOT. Me sostendría usted á mí entre sus brazos...

ALV. La sostendría á usted con uno nada más, para ir nadando con el otro hasta ganar la orilla.

CLOT. Eso es. Yo iría como traspuesta, ¿verdad? pero dándome cuenta de todo.

ALV. Y yo la alentaría á usted constantemente: «¡Animo, Clotilde; ya vamos á tocar la orilla!»

CLOT. Y yo le diría á usted entre lágrimas: «¡Sálvese usted, Alvaro! ¡Déjeme usted que perezca yo sola!» Porque habría un momento de gran peligro, en que usted, agotadas las fuerzas, estaría á punto de rendirse.

ALV. Sí; pero entonces, yo cambiaría de brazo mi dulce carga, y vuelta á nadar... a nadar... á nadar... ¡Oh!... ¡Qué escalofrío al pisar tierra!

CLOT. ¡Y qué catarro al día siguiente! (Se ríen los dos á carcajadas.) ¡En Arenales no se iba á hablar de otra cosa en mucho tiempo!

ESCENA VI

DICHOS y MAMÁ DOLORES

MAMÁ D. (Sale por el foro y se detiene contemplando el grupo de Alvaro y Clotilde, que charlan animadamente.) (Lo que yo me temía. Y lo malo es que á éste la que le hace *tipitín* es Socorrito. Y esta con su charla, va á distraérmelo. Y una por otra, la casa por barrer. Me la llevo. ¡Vaya si me la llevo!) (Con jovialidad.) Hola, hola...

CLOT. ¡Mamá Dolores!

MAMÁ D. ¿Qué hacen ustedes aquí solitos?

CLOT. Secándonos. (Ella y Alvaro se ríen.)

MAMÁ D. ¡Chiquilla!

ALV. Acabamos de naufragar. (Se levanta.)

MAMÁ D. ¿Cómo, cómo, cómo? Ah, ya. Siempre serán las fantasías de esta. ¿Y Juanita? ¿Y la otra?

CLOT. Se fueron al columpio. Allí están. Mírelas usted: deshojando margaritas.

MAMÁ D. Para ver si se casan ó no se casan.

CLOT. Es gana de preguntárselo á las flores. Ya saben que no.

MAMÁ D. Bueno: ¿vamos nosotras á lo nuestro?

CLOT. ¿A lo nuestro? ¿Y qué es lo nuestro?

MAMÁ D. A la ermita: á ver al Patriarca San José. Siempre que venimos al *Pinar* vamos las dos juntas. Es tu devoción.

CLOT. (Con poquísimas ganas de cambiar á Alvaro por San José.) ¿No hará mucho calor todavía, mamá Dolores?

MAMÁ D. ¿Calor? Tú estás loca. Sopla un aire riquísimo. Además, el camino está lleno de árboles.

CLOT. Creo que han talado mucho.

MAMÁ D. Mejor. Así nos sorprende la novedad. ¿Vamos?

CLOT. (Sin moverse.) Lo que usted quiera.

MAMÁ D. Vamos.

CLOT. (Resistiéndose.) El caso es que no llevo pañuelo para la cabeza. Y no voy á entrar en el templo con el moño al aire.

MAMÁ D. Te pones un papel. Y si no, la sacristana te dará un pañuelo.

CLOT. ¿Y usted cree que yo me echo encima un pañuelo de la sacristana? ¡Uf! ¡qué asco!

MAMÁ D. Precisamente es una mujer que se lava la cabeza todos los días.

CLOT. A saber con qué.

MAMÁ D. Con aguarrás. No tengas aprensión ninguna. Vámonos, vámonos antes que sea más tarde.

CLOT. (Agarrándose á la última tabla.) Oiga usted. ¿Sigue allí el monaguillo tuerto? Porque si sigue, yo no voy.

MAMÁ D. ¿Qué ha de seguir, criatura? Al contrario. Ahora hay uno que tiene dos ojos así: como un buey. Parece el dos de oros.

CLOT ¿Y vamos á dejar aquí á Alvaro?

MAMÁ D. ¿Y qué van á decir las otras muchachas si nos lo llevamos?

ALV. Yo estoy á las órdenes de ustedes y de San José.

MAMÁ D. Muchas gracias. Tú te quedas aquí. ¡No faltaba más! Conque, en marcha, Clotilde.

CLOT. (Levantándose al fin.) ¡A ver si nos sale al encuentro el lagarto del otro día!

MAMÁ D. Como ya nos conoce, le diremos: «Amigo, buenas tardes. Páselo usted bien.»

CLOT. ¿Y no hay tarántulas?

MAMÁ D. ¡No! ¡Ni hormigas! Anda, anda. Hasta luego, Alvaro.

ALV. Hasta luego.

CLOT. (Con pena.) Hasta luego, Alvaro

MAMÁ D. Vamos á ver á San José bendito.

CLOT. (Yéndose como á remolque.) Vamos á ver á San José bendito... que bien podía haber venido aquí.

MAMÁ D. ¡Niña! (Pobrecilla: yo lo considero. Va como si la llevara al patíbulo.)

(Se alejan por el foro, hacia la izquierda Alvaro las mira ir fijamente. Clotilde vuelve el rostro más de una vez.)

ESCENA VII

ALVARO, luego GASPAR

ALV. Diablo de muchacha... Es graciosa de veras... Y de qué malísima gana va á ver á San José bendito. (Pasea abstraído, hablando solo.) No, no olvidaré yo fácilmente los días de Arenales. . ¿Y la otra? ¿Dónde andará la otra? (La busca con la vista.) Bah; es lo mismo... ¡Qué bonita es! ¡Y qué resignación más triste y más disimulada la suya al abandono de los hombres!... Esperar, esperar... Tener el alma llena de amor, y pasar sin amor la vida...

GAS. (Por la izquierda.) Zeñorito.

ALV. (Sin verlo.) ¡Pobres mujeres! .. Siempre á

merced de nuestro egoismo, de nuestra ligereza...

GAS Zeñorito Arvaro.

ALV. ¿Eh? ¿Qué quieres?

GAS. Que con permizo de usté me paece mu mala zeñá que esté usté hablando zolo.

ALV. Muy mala, Gaspar; indudablemente.

GAS. Güeno, pos usté dirá: ¿enziyo, ó nos queamos?

ALV. No te entiendo.

GAS. ¿Nos queamos, ó enziyo?

ALV. ¡Ah!

GAS. Porque zi hemos de hacé noche en Cañaverá, y no queremos reventá á las bestias, hay ya que dí penzando en irze. Zon doz horas largas de camino, y er zó paece que tiene priza esta tarde.

(Alvaro pasea por la escena, pensativo. Después, encarándose con Gaspar, le dice:)

ALV. Ensilla.

GAS. (Contrariado.) ¿Que enziye?

ALV. Sí.

GAS. Está bien. (No se mueve.)

ALV. ¿Qué esperas?

GAS. Na. Ya me voy. (Volviéndose de pronto.) ¿Cómo ha dicho usté?

ALV. No he abierto mis labios. (Gaspar se rasca.) Ay, Gaspar; ¿sabes que creo que no tienes maldita la gana de irte?

GAS. Ninguna, zeñorito. Y con permizo de usté, me estoy oliendo que usté tampoco.

ALV. Tampoco. Pero, ¿qué vamos á conseguir con quedarnos un par de días más? Nada absolutamente. Apareja los caballos. Saldremos de aquí dentro de media hora.

GAS. To zea por Dios. No pué uno tomarle apego á na de este mundo... Y pa mí que la Pimienta va á zentirlo.

ALV. ¿Quién es la Pimienta?

GAS. La Pimienta le he puesto yo á eza zeñorita menuíya e cuerpo... Ya zabe usté cuar digo: eza que ze abanica con las pestañas. ¡La que á usté le gusta, qué rodeos!

ALV. Bien está. Ensilla.

GAS. Ahí viene zu mercé. Místela con er rabiyo el ojo. Místela qué zuavita anda: paece un torito de papé que lo han azoplao.

ALV. Calla, hombre.

(Sale Socorrito por la izquierda, haciéndose la desentendida.)

GAS. ¡Ejem!

ALV. (En tono terminante.) Gaspar.

GAS. (La jicimos.) Zeñorito Arvaro.

ALV. No te detengas. Dispón los caballos, que hemos de estar esta noche en Cañaveral, y va siendo tarde.

GAS. Zí, zeñó.

ALV. Y avísame cuando estén listos.

GAS. Zí, zeñó. (Yéndose por la izquierda.) (Quien manda, manda; pero me hace la misma gracia que raspá en la paré con un cuchiyo.)

ESCENA VIII

ALVARO y SOCORRITO

SOC. ¿Es decir que el mal no tiene remedio?

ALV. Socorrito. ¿El mal? ¿Qué mal?

SOC. Le llamo el mal á su marcha de usted esta tarde. Para usted, diga lo que quiera, acaso no lo sea; para nosotras, estas infelices *pueblerinas*, lo es desde luego perder la amistad, ó por lo menos la compañía, de un muchacho tan simpático y tan fino como usted.

ALV. Muchas gracias. ¡Qué nube de flores!... Mi amistad no la perderá usted nunca, Socorrito. Aunque esté en el último pico de los Alpes, seré amigo de usted. La compañía... fuerza es que la perdamos los dos: usted la mía, y yo la suya. Vine á Arenales por dos días, y llevo siete.

SOC. Seis.

ALV. Siete; perdone usted.

SOC. Seis; usted perdone. Llegó usted en la noche del martes.

ALV. Tiene usted razón. Ni sé el dia en que vivo.

SOC. Por eso yo me encargo de recordárselo.

ALV. Estoy en las Batuecas. A lo mejor creo que ya se avecina Semana Santa, y empiezo á ver por las calles gente con careta, y me encuentro con que estamos en Carnaval.

SOC. ¿Ah, sí? ¿De manera que para usted no hay fechas?

ALV. Fechas, no. Recuerdo las cosas... los nombres... ¿Qué más da Abril que Mayo?

SOC. Sin embargo, hay yo no sé qué encanto en poder decir ó pensar alguna vez: tal día, á tal hora, en tal sitio... Hoy hace un año... dos... Quizás esto no vaya tampoco con ustedes los volanderos, los inquietos; los que viven mucho y en muchas partes... Pero desde luego va con nosotras las solitarias, las olvidadas, las pobres *pueblerinas*... (Se sienta.)

ALV. La palabra *pueblerina* ¡me hace una gracia!

SOC. Es exclusivamente mía; pero puede usted emplearla cuando guste. Le doy á usted licencia.

ALV. Pues la voy á utilizar en seguida. (Siéntase junto á ella.) ¿Será indiscreto preguntarle á usted, *pueblerina* simpática, ya que hablamos de fechas, cuáles son en su vida las que recuerda con mayor ilusión?

SOC. Mire usted, lo va usted á saber ahora mismito: el día que me subí el moño, una; cuando tuve la pierna mala, y fuí á la ermita á llevarle una pantorrillita de cera á San José, dos; la primera vez que me metí en el tren para ir á Madrid, tres; una cosa que no puede decirse, cuatro; otra cosa que se puede decir, pero que no se la digo á usted, cinco; y... y... Bueno, seis.

ALV. Me ha escamoteado usted las tres últimas de una manera aviesa.

SOC. En eso está el chiste. Y que ciertos secretos, cuanto más guardados, más valen. Les da el aire y se chafan. Son de una cosa muy sutil.

ALV. Castiga usted mi curiosidad, avivándola.

SOC. Sí, porque á usted le interesa mucho lo que yo callo.

ALV. Cuando se lo pregunto...

SOC. Ganas de hablar.

ALV. No; no soy tan frívolo, Socorrito. De veras me interesa usted; me interesan sus cosas... Tal vez más de lo que usted presume.

SOC (Con ironía.) Siendo así, es una verdadera lástima que tenga usted que irse.

ALV. ¿Se burla usted? ¿También va usted á dudar que siento marcharme?

SOC. La cara que pone usted es de sentirlo mucho.

ALV. Pues la cara dice la verdad. Mucho lo siento. Y casi me atrevo á asegurar que usted lo sabe.

SOC. ¿Yo?

ALV. Sí.

SOC. Lo más que sé, es que usted ahora se hace la ilusión de que lo siente. Pero usted lo verá, Alvaro: con el polvo que levante su caballo por el camino, se borrará primero el *Pinar*, y luego Arenales del Río, y después nosotras, y la casa de mamá Dolores... y todo, todo: usted lo verá.

ALV. Me supone usted muy ligero de condición.

SOC. Usted tiene la culpa. Más de una vez, hablando conmigo de cosas... así... un poquillo interesantes, me ha dicho que le gusta saltar, correr, gustar de todo muy á prisa, pasar, pasar, pasar...

ALV. Pasar no es olvidar, Socorrito. Precisamente me agrada pasar, para no llevarme sino lo amable, lo mejor de las cosas. Lo primero que dan todas las cosas siempre es lo mejor. Hay quien ve la flor en el árbol, y se contenta con mirarla, esperando á que cuaje el fruto. Yo, no: yo cojo la flor y me voy.

SOC. ¿En busca de otra?

ALV. No sé.

SOC. Pues pensando así, mañana no se acuerda usted de Arenales.

ALV. Mañana, y pasado, y siempre. Yo no podré decir: «Tal día... á tal hora... Hoy hace un año... dos...» Pero como llevo el recuerdo en el corazón, adonde quiera que yo vaya, el

recuerdo irá conmigo. Y si quiere usted que le diga entera la verdad, va usted á oirla: rodando el tiempo, de todas mis emociones, de todos mis recuerdos de Arenales del Río, quedará uno solo como expresión de todos ellos: el de usted.

SOC. ¿El mío?

ALV. Sí. Las impresiones agradables de la vida, las memorias gratas, se mezclan, se confunden, se borran al correr de los días; pero siempre de cada caso, de cada aventura ó desventura, queda algo que se siente vivir, que alienta, que acaricia. Y yo podré olvidar todos los momentos de Arenales; pero este no lo olvido. Y yo podré olvidar todo cuanto aquí he visto; pero sus ojos de usted, no.

SOC. ¿Mis ojos no, Alvaro? ¿Por qué? ¿No son como todos?

ALV. Para mí, no.

SOC. Pues, ¿qué tienen?

ALV. Lo que más me gusta de los ojos: que lloran, sin que nadie lo vea.

SOC. ¿Que lloran?

ALV. Sí.

SOC. ¿Y usted cómo sabe que lloran, si dice que nadie lo ve?

ALV. Si no se supiera más que lo que se ve, algunas veces no se sabría nada.

SOC. Eso es verdad. Ni siquiera se sabría esperar. (Silencio.) Me da vergüenza decirle á usted una cosa... (Se levanta.)

ALV. (Siguiéndola.) Dígamela usted.

SOC. No...

ALV. ¿Por qué le da vergüenza?

SOC. Porque sí: no hay más.

ALV. Entonces no ha debido usted ponerme la miel en los labios.

SOC. Ahora va usted á hacerme creer que le importa mucho.

ALV. Mucho me importa. Y le ruego á usted que venza su escrúpulo, y me diga lo que quiera que sea. (Socorro calla.) ¿Me lo dirá usted?

SOC. Preferiría que usted lo adivinase..

ALV. Soy tan torpe... tan torpe...

SOC. Si es usted muy torpe... ¿qué remedio?... se lo diré yo.

ESCENA IX

DICHOS y GASPAR

GAS. (Presentándose de improviso por la izquierda.) Los cabayos están ya como pa retratarlos, y yo esperando na más que usté me diga: «¡Arre!»

ALV. ¿Cómo? ¿Qué?

GAS. Que ya estamos listos: que cuando usté quiera zalimos pitando.

ALV. Corriente. Bueno, pues... Después de todo, lo mismo dan las cinco y media que las seis y media.

GAS. Lo mismo dan, zeñorito: con una campaná ca una.

SOC. ¡Ja, ja, ja!

GAS A la zeñorita le ha hecho gracia.

ALV. Calla. Tú, aunque sea de noche, ¿conocerás el camino como el Padrenuestro?

GAS. ¡Muchízimo mejó que er Padrenuestro! Zobre que vamos á tené una luna más grande que una zandía de Utrera. No ze ezazone usté.

ALV. Pues vete allá y espéranos.

GAS. ¿Espéranos?

ALV. Espérame, hombre. Me he equivocado. Vete.

GAS. ¡Ejém! (Vase mirando á Socorrito.)

ESCENA X

ÁLVARO y SOCORRITO

ALV. Conque, vamos á ver: ¿qué era eso?

SOC. Dejémoslo ya. Se marcha usted dentro de un cuarto de hora...

ALV. ¿Y qué tiene que ver? Por lo mismo. Serie dad, Socorrito. Usted me prometió decir-

melo, y no debe faltar á su promesa. (Mirando hacia la izquierda y contrariado.) ¡Ay, Dios de Dios! ¡Esto sí que es temible!

SOC. ¿Qué?

ALV. ¡No nos van á dejar! ¡Don Rufino que me persigue y viene ahí!

SOC. ¡Qué pesado se pone!

ALV. Y yo, que ya no vivo hasta que usted me diga eso...

SOC. ¡Jesús, qué novelero es!... ¡Que no vive!

ALV. Si nos pudiéramos ocultar... esconder...

SOC. ¿Escondernos?... Sí.

ALV. ¿Sí? ¿Dónde?

SOC. Aquí cerca: detrás de la fuente. Venga usted. Es un sitio que está muy oculto.

ALV. Vamos, vamos. ¿Me dirá usted?...

SOC. Venga usted, hombre; que llega don Rufino.

ALV. Pero ¿me dirá usted?...

SOC. Por aquí, por aquí... (Se van uno tras otro sigilosamente por el primer término de la derecha.)

ESCENA XI

DON RUFINO, ISABELITA, JUANITA y el TONTO MEDINA; luego CLOTILDE y MAMÁ DOLORES

D. RUF. (Por la izquierda, dado á los diablos, y achispado, naturalmente.) ¡Esto es una vergüenza! ¡Esto no me ha pasado á mí nunca! Y como Rufino me llamo que se la voy á jugar de puño. De mí se escurre, pero á ver cómo se escurre de las muchachas. (Mirando hacia la derecha y llamando á gritos.) ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Aquí todas! ¡Tú, ilustre Tonto, ven también! ¡Venid! ¡Venid corriendo!... Ya le diré yo á ese mocito lo que es canela. El es muy dado á la galantería... Cogite, cogite.

(Los personajes van llegando por el orden que hablan.)

JUA. ¿Qué es lo que quiere usted, don Rufino?

ISAB. ¿Qué pasa, don Rufino?

TONTO ¿Por... por qué nos llama usted, don Rufino? Es... estaba echando una siestecilla...

D. RUF. ¿Y las otras?

JUA. Las otras, por ahí andarán.

ISAB. Pero ¿qué sucede?

D. RUF. Sucede que me veo en el ridículo más espantoso; que no ha habido persona, personilla, ni personaje que pise el *Pinar*, que no salga tambaleándose de mi bodega; y que ha venido á última hora ese niño bonito, y se me va á ir tan fresco. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No es esto un descrédito para mis vinos? ¿Eh? ¿No es esto un bochorno para mí? ¿Eh? ¡En esa bodega han hincado el pico veinte generaciones! Mi padre me contaba que el propio don Rafael del Riego, (Entonando el Himno de su nombre.) el de tachín, tatatata chinta, salió gritando: «¡Vivan las caenas!» ¡Cómo llevaría el cuerpo de líquido! ¿Y he de consentir yo que ese don Amadís de tres al cuarto se vaya de aquí como una lechuga? ¡Antes ciege que tal vea! ¡O lo emborrachamos entre todos esta tarde, para que no se vaya, ó se ha perdido el amor propio!

TONTO ¡Muy bien dicho; sí, señor, muy bien dicho!

JUA. ¿Y qué vamos á hacer nosotras?

ISAB. Eso pregunto yo.

D. RUF. Afearle su conducta; beber delante de él para avergonzarlo...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

D. RUF. Obligarlo á que beba por galantería...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

D. RUF. Comprometerlo á brindar con ~~ustedes~~... ¡En una palabra: no parar hasta verlo á gatas!...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

D. RUF. Y si nos hallamos con que á ustedes las desaira también, entonces... entonces ya será cosa de cuadrarse y de mandarlo al cuerno. Cuerno en español, *corne* en frances, *corno* en italiano, *cornu* en latín, etcétera, etcétera, etcétera.

(Llegan por el foro Mamá Dolores y Clotilde, jadeantes las dos, y se sientan apenas llegan.)

JUA. Aquí está Clotilde.

ISAB. Y mamá Dolores.

D. RUF. ¡Mejor que mejor! Pero ¿qué les pasa?

ISAB. ¿Qué es eso, Clotilde?

JUA. ¿Qué le sucede á usted, mamá Dolores?

TONTO ¿De... de dónde vienen tan corriendo?

CLOT. (Soltando un suspiro.) ¡Ay!... De la ermita.

D. RUF. ¿De la ermita?

MAMÁ D. Sí De darle un susto á San José... Porque el buen señor nos ha visto entrar con la lengua fuera... y nos ha visto salir lo mismo... y se habrá puesto en lo peor.

JUA. ¿Pero no les ocurre nada?

MAMÁ D. Nada. Esta, que tenía una prisa atroz por llegar...

CLOT. No se nos echara la noche encima, ¿sabes? ¿Y Alvaro?

D. RUF. ¿Alvaro? ¡Escucha!

CLOT. (Levantándose.) ¿Qué?

D. RUF. ¡Friolera! No te asustes. ¿Qué te parece á tí la ideíta de alegrarlo en la bodega un poquillo para que no se vaya esta tarde?

CLOT. ¡Superior! ¿qué ha de parecerme? ¡Choque usted, don Rufino!

MAMÁ D Eres Barrabás.

CLOT. Pero ¿dónde está Alvaro?

TONTO Yo... yo no sé... Yo me quedé dormido hace un rato...

JUA. Y esta y yo jugando á las chinas.

MAMÁ D. ¿Y Socorro? ¿Dónde está Socorro? (Se levanta.)

TONTO Es .. estará con Alvaro.

CLOT. ¿Con Alvaro? Pero ¿dónde?
(Todos miran á todas partes.)

MAMÁ D. Puede que en la casa.

D. RUF. No; en la casa no. Vengo yo de allá...

MAMÁ D. Pues ¿en dónde se han metido esas criaturas?

CLOT. Por aquí no se ven.

TONTO ¡Ji, ji!

MAMÁ D. No te rías.

CLOT. Cuando le dije á usted que todavía veníamos despacio, mamá Dolores...

TONTO ¡Ji, ji!

JUA. ¿Se habrán caído al pozo, que está á ras del suelo?

MAMÁ D. ¡Hija, Ave María! ¡Qué atrocidad!

CLOT. (Dando un grito de pronto.) ¡Ay!

TODOS (Estremeciéndose.) ¿Qué?
CLOT. Que sí... que tiene esta razón...
MAMÁ D. ¿Cómo?
CLOT. Que al venir para acá, he oído yo lamentos, como de una persona que se ahogaba...
ISAB. ¡Ay! no me lo digas...
MAMÁ D. Mira, mira, calla, por Dios. Esas son tus cosas...
D. RUF. (Gritando desentonadamente, como quien pide auxilio.) ¡Socorro!
MAMÁ D. No alarmes, Rufino.
TONTO. No... no alarme usted.
D. RUF. Lógica: la muchacha, ¿no se llama Socorro?
CLOT. Vamos á buscarlos, Dios mío.
JUA. A buscarlos; eso.
MAMÁ D. Lo que es yo no estoy ya tranquila.
ISAB. Ni yo.
JUA. Ni yo.
D. RUF. Pero no ir todos juntos: vamos cada uno por un lado. Lógica. Yo voy por aquí. ¡Socorrito!
TONTO. Y yo por aquí. ¡Alvaro! ¡Socorrito!
JUA. Y por aquí nosotras. ¡Alvaro!
ISAB. ¡Socorrito!
MAMÁ D. Clotildilla, no me dejes tú.
CLOT. ¡Socorro! ¡Alvaro!
MAMÁ D. ¡Alvaro! ¡Socorrito!
(Se dispersan llamando sin cesar á Alvaro y á Socorro, en varias direcciones. Las voces se oyen cada vez más lejos y al cabo se pierden.)

ESCENA XII

GASPAR; luego SOCORRITO y ALVARO

GAS. (Por la izquierda.) ¡Camará qué voces! Ze conoce que mi zeñorito y la Pimienta ze han perdío por ahí... Me alegro. Azí nos queamos. Ca uno tiene zus razones pa no queré irze. (Mirando hacia la derecha.) ¡Pero zi zalen de detrás de la fuente!... ¡Ay qué gracia!... ¡Y ze vienen riyendo!... ¡Y los demás, mientras,

creyendo que ze han zuicidao!... ¡Ja, ja, ja! (Se aparta un poco, disimuladamente.)

ALV. (Saliendo por la derecha con Socorrito.) Conste que la hago a usted responsable de este revuelo.

SOC Desde luego lo soy: no se preocupe usted. Allá que piensen lo que quieran. Hablemos de lo que nos importa. ¿Usted dice que me promete...?

ALV. Prometido está.

SOC Sabremos el uno del otro.

ALV. Sabremos. Esta amistad nuestra no se acaba porque nos dejemos de ver.

SOC. No se acaba. De mí respondo.

ALV. Y yo de mí. Cuanto ocurra en mi vida, que valga la pena de que usted lo sepa, lo sabrá.

SOC Lo que á mí me pase, que deba y pueda yo contarle á usted, se lo contaré siempre. Veremos quién se cansa primero.

ALV. Yo no he de ser.

SOC. Ni yo tampoco. (Se estrechan las manos... y á su contacto, advierten que fácilmente se trocaría su amistad en amor, si ya no lo es. Se miran en silencio. Luego se separan. Alvaro pasea la vista por la escena y repara en Gaspar.)

ALV. (Con resolución.) ¿Los caballos?

GAS. Listos.

ALV. ¿Están ahí los viejos que guardan la finca?

GAS. Ahí están.

ALV. Pues voy á decirles adiós, que ya es hora. Ven conmigo. (Se va por la izquierda, mirando á Socorrito que baja los ojos. Gaspar lo sigue.)

GAS. (Como si se lo dijera á Socorrito, pero sin dirigirse á ella.) ¿Qué le vamos á hacé?

ESCENA XIII

SOCORRITO; después, sucesivamente, el TONTO MEDINA, ISABELITA, JUANITA, MAMÁ DOLORES, DON RUFINO y CLOTILDE

SOC. Se va... Y no vuelve, no... Por cumplir conmigo, me escribirá una semana... dos... un mes... un año... Luego... (Pausa.) ¡Qué fatigada estoy!... Tengo una desazón... un males-

tar... (Siéntase.) ¡Cómo ha adivinado que lloro!... Pero se va... se va... Hubiera sido preferible no conocerlo... No; eso no.

(Principian á llegar los demás personajes. Vienen todos muy agitados, cada cual por un sitio, y al ver á Socorrito, se sorprenden de hallarla sola y tan tranquila.)

TONTO ¡Me. . me... me gusta, hombre!

SOC. ¿Qué?

TONTO ¡Que... que... que me gusta! ¡Todos como locos buscándote, y tú aquí echando un sueño!

SOC. ¿Has visto qué alma?

TONTO ¿Y Alvaro?

SOC. Qué sé yo.

ISAB. Socorrito, ¿pero estás aquí?

SOC. Me parece. ¿No me estás viendo?

ISAB. ¿Y Alvaro?

SOC. Hija mía, no sé.

ISAB. ¡Ay, qué susto, qué susto!

SOC. ¡Vaya por Dios, mujer! (Se levanta.)

JUA. ¡Socorrito!

SOC. ¿Qué?

JUA. Dame un abrazo.

SOC. Toma.

JUA. Creíamos que te habías perdido.

SOC. Mujer, soy chica, pero no me pierdo tan fácilmente.

JUA. ¿Y Alvaro?

SOC. ¡Dale con Alvaro! ¡Qué sé yo!

MAMÁ D. ¡Socorrito! ¿Ya pareciste? ¡Ay, qué carrera! ¡qué carrera! ¿Y Alvaro?

SOC. Mamá Dolores, no lo sé. ¡Ni que yo tuviera nada que ver con Alvaro!

MAMÁ D. ¿Cómo?

D. RUF. Ah, pero ¿está aquí esta mona?

SOC Aquí está esta mona: ¿qué pasa?

D. RUF. ¿Y Alvaro?

SOC. ¡Dichoso Alvaro! ¿Pero soy yo la niñera de Alvaro?

CLOT. ¡Socorrito!

SOC. ¡Clotilde! (Tapándole la boca.) ¡Calla! ¡No sé dónde está Alvaro!

CLOT. Hija, no te enfades.

SOC. Dispensa, hija; pero es mucho llegar todos

con el mismo pío. ¿Y Alvaro? ¿y Alvaro? ¿Dónde está Alvaro? ¿dónde está Alvaro? Y como á mí no me gustan los rompecabezas, ni Alvaro es mi sombra, ni yo soy la suya, no tengo obligación de saber en dónde está Alvaro. Se concluyó.

MAMÁ D. Ay, qué humorcito se te ha puesto, *piruja*.

SOC. Pues no son más que los chispazos, mamá Dolores.

CLOT. Pues cuando una está así, en lugar de pegarla con las amigas, se mete en la cama, se planta un botijo de agua caliente á los pies, y se echa á dormir.

D. RUF. O se bebe media bota de vino añejo, é ídem, eadem, ídem.

SOC. (Viendo venir á Álvaro por la izquierda.) ¡Vaya! ¡Tranquilícense ustedes! ¡Aquí está Alvaro!

D. RUF. Y en faz de fuga, como dijo el poeta.

ESCENA XIV

DICHOS y ÁLVARO; al final GASPAR.

(Álvaro se presenta, en efecto, dispuesto á marcharse.)

MAMÁ D. ¡Alvaro! ¿Pero qué es esto? ¿La de vámonos?

SOC. La de vámonos, no: la de se va.

CLOT. Menos mal si fuera la de vámonos.

ALV. ¿Qué remedio? Llegó la hora, mamá Dolores. Tentado estuve hace un momento de montar en mi jaca, y escapar de aquí sin despedirme, para evitar este mal rato.

D. RUF. Amigo, á mí me la ha jugado usted serrana.

ALV. ¡Ja, ja, ja!

D. RUF. ¡Yo que hubiera querido que saliera de aquí como para caerse del caballo!

ALV. Gracias por la intención, don Rufino.

TONTO ¡To... todavía estamos á tiempo!

ALV. No, no. Ya me voy. (Comienza á despedirse de todos, en medio de la general tristeza.) Mamá Dolores...

MAMÁ D. Adiós, hijo. Yo ya no te vuelvo á ver más.

ALV. ¿Cómo que no? Usted nos va á enterrar á todos. Sin contar con que yo pronto vendré otra vez por aquí.

MAMÁ D. Sí, sí. Te veo. Toma. (Le da un paquetito.)

ALV. ¿Qué es esto?

MAMÁ D. Ríete de mí ó haz lo que mejor te parezca. Es un pedacito del manto de la Virgen. Está bendito. Cuando tengas un mal pensamiento, lo besas, y se te va en seguida.

CLOT. ¡Mamá Dolores! ¿Qué ha hecho usted? ¡Ahora es cuando no se casa este hombre nunca! (Se ríen todos.)

SOC. Para eso no le hace falta amuleto.

ALV. Gracias, mamá Dolores. Don Rufino...

D. RUF. No soy rencoroso: queda usted perdonado por esta vez. Pero como yo vuelva á cogerlo por mí banda, sale usted de la bodega entre cuatro.

ALV. Tendré en ello un verdadero honor. Juanito...

TONTO Mu... mucho gusto en haber conocido á usted. En... en Arenales, calle del Ventisquero, tres y cinco, deja usted un tonto á su disposición. ¡Ji, ji!

ALV. Gracias. Muchas gracias. Yo, en donde pare, estoy á la de usted. Isabelita...

ISAB. Alvaro...

ALV. Que no se agranden los hoyitos de la cara; que así están muy monos... y prometen dar mucho ruido.

ISAB. Sí, sí.

ALV. Juanita, tantas cosas á su mamá. Y póngame usted una postal cuando encuentre ese novio seriecito, formal, bondadoso y un poco tenedor de libros, con que sueña.

JUA. Bueno, bueno, se la pondré.

ALV. Clotildita, salud... y hasta que naufraguemos juntos.

CLOT. No caerá esa breva. Viaja usted con mucho corcho, hijo mío.

ALV. ¡Ja, ja, ja! Socorrito... ¿Lo dicho?

SOC. Lo dicho. Adiós, Alvaro.

ALV. Adiós.

CLOT. Tú, ¿qué es lo dicho?

SOC. Nada.

ALV. Conque, mil felicidades á todos, y hasta pronto. Prometo volver. No soy ingrato. Adiós, mamá Dolores. (Vase.)

MAMÁ D. (Conmovida.) Adiós, hijito.

GAS. (Asomándose.) Vaya, güenas tardes, y que haiga zalú.

D. RUF. Adiós.

MAMÁ D. Buenas tardes.

SOC. Adiós.

CLOT. Adiós.

(Todos miran hacia la izquierda, donde se supone que Alvaro y Gaspar montan en sus caballos y parten.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos ALVARO y GASPAR. ANDREA

TONTO ¡Qué... qué bonita jaca lleva Alvaro!

JUA. Preciosa.

MAMÁ D. (A las muchachas.) Me afligen estas despedidas. Siento que venga nadie á verme.

SOC. Todo el que se va parece que se lleva algo de uno.

CLOT. Menos mal si deja algo también. Toma y daca...

TONTO Ya... ya parten.

MAMÁ D. Adiós...

D. RUF. Adiós, Alvaro... ¡Otra vez será Troya, amigo!

TONTO Adiós, adiós.

(Las muchachas los despiden con las manos.)

MAMÁ D. Ahora van á desaparecer un momento, y aparecerán luego por delante del pino grande. Preparar los pañuelos. (Pausa.)

TONTO Yo, la americana. (Se la quita para saludar.)

MAMÁ D. Esperar, esperar un poco. Mirarlos allí.

SOC. Adiós.

CLOT. Adiós.

D. RUF. ¡Buen galope llevan!

(Todos gritan y los saludan con los pañuelos.)

MAMÁ D. Otra vez se ocultan. Ahora volverán á verse por junto á la casita, nada más que un se-

gundo, y ya los perderemos de vista para siempre. (Pausa. Todos miran.) Allí van. (Agitan los pañuelos en silencio. Después, dejan caer los brazos con desaliento y cambian todos de sitio y de expresión. Pausa. Socorrito y Clotilde, se sientan, pensativas y tristes, en el tronco; Juanita é Isabel quédanse también impresionadas; Mamá Dolores mira á unas y á otras; don Rufino se lleva al Tonto del brazo por la izquierda.)

D. RUF. Me parece á mí que está indicado... ¿eh? que por el buen viaje... ¿eh? Una copita.

TONTO ¡De... de acuerdo! Una copita.

(Andrea, que momentos antes ha salido, rompe á llorar con amargura.)

MAMÁ D. Chiquilla, ¿qué te pasa?

AND (Entre sollozos.) ¡Que cuando me iba conzolando de lo del uno... ze me yevan al otro!

MAMÁ D. ¿Y quién es el otro?

AND. Er criao der zeñorito Arvaro, que me había pedío la converzación.

MAMÁ D. Bah, bah, bah. Pues ya veo que te consuelas pronto. (A las muchachas.) Pero ¿qué es eso, niñas? Parece que os han dado cañazo.

CLOT. No... (Pausa breve.) ¿Qué tienes tú, Socorro?

SOC. Lo que tú. (Se besan.)

MAMÁ D. (Al público.) Pasó el amor por Arenales del Río... Ya veis lo que deja tras sí. Pues así anda el mundo. Compasión para estas pobrecitas... y para todas las desheredadas del amor.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Julio, 1904.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.

PRECIO: 1'50 PESETAS

Todo ejemplar que no lleve el sello de la Sociedad de Autores Españoles sera considerado como fraudulento.

3 0112 115877083